



*Universitat  
Abat Oliba CEU*

**El amor como principio educativo en la literatura:  
Su acción a través de la lectura**

TRABAJO FIN DE MÁSTER

Autor: Laura Ventura Vizueté  
Tutor: Maria Turu Tarré  
Máster Universitario en: Estudios Humanísticos y Sociales  
Año: 2018

## **DECLARACIÓN**

El que suscribe declara que el material de este documento, que ahora presento, es fruto de mi propio trabajo. Cualquier ayuda recibida de otros ha sido citada y reconocida dentro de este documento. Hago esta declaración en el conocimiento de que un incumplimiento de las normas relativas a la presentación de trabajos puede llevar a graves consecuencias. Soy consciente de que el documento no será aceptado a menos que esta declaración haya sido entregada junto al mismo.

Firma: .....

Laura VENTURA VIZUETE

*El amor es el único camino para arribar a lo más profundo  
de la personalidad de un hombre.*

VIKTOR FRANKL



## **Resumen**

El fomento de la lectura es una de las grandes preocupaciones en el panorama actual de la educación. La cuestión que nos planteamos, entonces, es: ¿por qué queremos que lean los niños? Solo teniendo presente cuál es la finalidad de la educación literaria los maestros podrán llevar a cabo su labor de un modo real y verdadero.

## **Resum**

*El foment de la lectura és una de les grans preocupacions al panorama actual de l'educació. La qüestió que ens plantejem, doncs, és: per què volem que llegeixin els nens? Només tenint en compte quina és la finalitat de l'educació literària els mestres podran dur a terme la seva tasca d'una forma real i vertadera.*

## **Abstract**

*Reading encouragement is one of the biggest issues in education's current outlook. The question we try to contemplate, thus, is the following one: why do we want children to read? Only if we have in mind which the aim of literature's education is, the teacher will be able to accomplish their work in a real and true way.*

## **Palabras claves / Keywords**

Lenguaje — educación — literatura — fin último — felicidad — <i>mitopoeia</i> — belleza — persona — amor — amistad
--



## Sumario

Introducción .....	9
1. El papel del lenguaje en la educación .....	11
1.1. La acción de educar .....	11
1.2. La persona humana como sujeto de la actividad educativa .....	12
1.3. El fin último de la vida humana: la felicidad .....	14
1.4. Amistad y palabra .....	18
1.4.1. La amistad como fundamento de la educación .....	18
1.4.2. La amistad con Dios .....	20
1.4.3. La caridad como madre de todas las virtudes .....	22
1.5. El fin del lenguaje .....	23
2. La palabra literaria en el orden del perfeccionamiento humano .....	26
2.1. El fin del lenguaje literario .....	26
2.1.1. El potencial educativo de la palabra: mimesis y catarsis .....	27
2.1.2. La belleza como manifestación del bien perfectivo del hombre .....	28
2.1.3. La literatura en relación al fin último de la educación .....	31
2.2. La <i>mitopoeia</i> al servicio del bien personal .....	32
2.2.1. Definición del género .....	32
2.2.2. El mitopoeta como maestro .....	37
2.2.3. La pedagogía de la sacramentalidad narrativa .....	39
2.3. La sabiduría mitopoética: la palabra, ordenadora de las pasiones del hombre .....	42
2.4. La metánoia en la obra literaria .....	43
2.5. La lectura, descubrimiento de la plenitud de vida personal .....	47
Conclusiones .....	51
Bibliografía .....	53
Anexo .....	56



## Introducción

Son muchas las perspectivas desde las cuales se entiende la educación en nuestros días y, derivadas de la concepción del hombre que subyace en ellas, existen múltiples metodologías para llevar a cabo el aprendizaje en las aulas: bien sea trabajo cooperativo, basado en competencias, por proyectos interdisciplinarios, desde las inteligencias múltiples... Y, dejando de lado la contemplación, en todas ellas prima la praxis –la acción del niño en un proceso de adaptación al medio que lo envuelve– o bien la concepción educativa se centra en un único aspecto o dimensión de la persona humana.

Por ello, resulta inquietante que todos los contenidos trabajados en la escuela giren en torno a la idea acerca del hombre y del mundo que tengan los precursores de estas corrientes pedagógicas, relegando a un segundo lugar las necesidades que exigen ciertas dimensiones del alma humana. En medio de esta multitud de objetivos educativos, la lectura en las aulas ha sido así también entendida como una actividad por la cual el alumno aprende a aplicar conceptos científicos trabajados en diferentes materias, reconocer y gestionar sus emociones, adquirir una competencia básica en parámetros numéricos de velocidad o fluidez lectora, decodificar el mensaje para lograr la comprensión del texto como si de una fórmula matemática se tratara... Y, si bien todos ellos son objetivos que debemos perseguir y procurar fomentar en las aulas, ¿son acaso nuestra prioridad como maestros?

¿Qué lugar ocupa, en este sentido, la dimensión moral del hombre? O, en todo caso, ¿cuál es el verdadero bien que buscamos con el que el alumno alcanza la felicidad? Puesto que dicho bien es el que ordena toda acción del maestro, sea entendido del modo que sea, la lectura tiene una importancia vital en la formación humana y, por ello, consideramos conveniente tener una mirada profunda de la obra literaria y un criterio de selección de libros que conduzcan, en su mayor potencial, a que el niño encuentre en ellos un medio para que su crecimiento sea completo, para que descubra que la palabra que lee entre las páginas está viva y le puede comunicar un destello de aquello que tanto anhela su corazón.

Por ello, el fin de este Trabajo de Fin de Máster es mostrar el potencial que tiene la literatura en el orden de la formación humana. Con vistas a este objetivo, partiremos de la definición del término “educación” y, estudiando el sujeto de la actividad educativa, veremos cuál es el fin último de su existencia al que todas sus potencias y capacidades se ordenan: la felicidad última que se da en la contemplación del Bien y la Verdad.

Por tanto, en consideración de este fin, tendremos en cuenta el papel que ocupa el lenguaje humano en orden a alcanzar dicha felicidad y, más concretamente, el fin específico del lenguaje literario. Así, entendiendo la belleza como característica principal de la literatura que atrae el apetito humano, trataremos de aclarar la relación que guarda con el mismo fin educativo. No obstante, para entender esta idea será necesario considerar la obra literaria tanto en la forma como también en el fondo, comprendiendo que lo que más atrae al corazón humano no es la belleza de la palabra externa, sino el bien y la verdad que tras ella se esconden y que dan una palabra de esperanza en respuesta a los deseos de este corazón. En definitiva, veremos cómo no hay mayor belleza que el amor que en esa palabra se encuentra, que necesariamente debe ser comunicado al alumno para que conozca el sentido de su propia vida y para que la educación sea verdaderamente educación, pues no hay comunicación alguna de la verdad que esté separada del bien y del amor. En este punto nos será de mucha ayuda la aportación de los clásicos literarios, sirviéndonos en especial del subgénero mitopoético como ejemplo de todo aquello que venimos diciendo. Con el objetivo de definir este género y mostrar cómo el mitopoeta es principalmente un maestro, veremos la razón del potencial de la obra mitopoética y la sabiduría que uno halla en sus palabras, sabiduría que ordena las pasiones humanas desde la razón tal como muchos autores del pensamiento clásico sostienen.

Y, habiendo visto el poder educativo de la palabra literaria en sus vertientes mimética y catártica, ahondaremos en la cuestión del amor como elemento esencial en la educación a través de la literatura, amor que da lugar a la metánoia; a la transformación que se da en el corazón no solo del personaje de la obra, sino en el propio lector. Es decir, veremos cómo el amor es el principio o motor de toda actividad educativa y, dada la grandeza con que la literatura es capaz de mostrar la naturaleza de este amor, trataremos de comprender el importante papel que debe ocupar la lectura en las aulas, a fin de poder responder a las necesidades educativas del alumnado, así como la razón de esa importancia.

El trabajo se desarrollará por medio de una revisión bibliográfica de diferentes fuentes clásicas acerca de la literatura y de la educación. De este modo, en contraste con ciertos autores pertenecientes al pensamiento moderno y contemporáneo, podremos apreciar cómo la literatura constituye un elemento esencialmente formador en el orden humano.

# 1. El papel del lenguaje en la educación

*[...] el lenguaje del espíritu transmite vitalmente lo que el hombre posee como viviente personal: la experiencia, el recuerdo y el amor.*

FRANCISCO CANALS (*Sobre la esencia del conocimiento*)

En esta primera parte, veremos el lugar que ocupa la palabra humana en la educación. Sin embargo, para ello tendremos que tratar de definir el término “educación”, estudiar su naturaleza, el sujeto de esta actividad y el fin al que tiende. De este modo, podremos lograr una mejor comprensión de la relación que se da entre dicho fin y el mismo fin del lenguaje.

## 1.1. La acción de educar

Santo Tomás de Aquino hace referencia a la noción de educación como “la conducción y promoción de la prole al estado perfecto del hombre en cuanto hombre que es el estado de virtud”<sup>1</sup>. Por ello, antes de considerar cualquier otra cuestión relacionada con el ámbito educativo, resulta conveniente profundizar en esta definición para entender cuál es la verdadera naturaleza de la educación.

No obstante, para ello cabe contextualizar las palabras del Aquinate especificando el lugar en que aparece esta idea: el matrimonio. Este, afirma, no tiende solo a la generación de los hijos, puesto que hay una segunda generación ya no del cuerpo, sino del alma, que anhela el crecimiento del espíritu para alcanzar la perfección que le es propia. Esta segunda generación es lo que llamamos comúnmente educación. Santo Tomás se refiere a ella, entonces, como una actividad que viene en ayuda de la prole, de los hijos, para que alcancen una vida plenamente humana.

Si bien el hombre es hombre desde que es concebido, no lo es de un modo perfecto porque sus potencias no pueden realizar por sí mismas todo aquello de lo que son capaces. Así, pues, el niño necesita esta ayuda que le posibilita alcanzar la perfección de sus facultades, de su ser. De acuerdo con Enrique Martínez, “educar es, en cierta medida, *ayudar a ser*”<sup>2</sup>. Precisamente por la misma naturaleza humana, el hombre tiene una indigencia cuando nace que es la causa de su educabilidad. Como hemos dicho, nace hombre, pero no hombre perfecto, por lo que necesita una

---

<sup>1</sup> *Primo quantum ad principalem ejus finem, qui est bonum prolis: non enim intendit natura solum generationem ejus, sed traductionem, et promotionem usque ad perfectum statum hominis, in quantum homo est, qui est virtutis status* (TOMÁS DE AQUINO. *In IV Sent.*, d.26, q.1, a.1, in c.).

<sup>2</sup> MARTÍNEZ, E. *Persona y educación en Santo Tomás de Aquino*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2002, p.252.

ayuda externa que le facilite este perfeccionamiento. El niño es guiado y conducido a ese estado en el que por sí mismo es capaz de conocer la verdad y amar el bien.

## **1.2. La persona humana como sujeto de la actividad educativa**

Podría parecer que la educación se realiza centralmente desde el maestro y ésta es una de las razones por las que las nuevas metodologías educativas se oponen a la llamada “educación tradicional”, entendida únicamente como una mera transmisión de conocimientos del maestro al alumno. Por ello, cabe cuestionarse ahora cuál es el verdadero sujeto de la actividad educativa. Sobre esto, Francisco Altarejos nos ofrece una lúcida reflexión para entender de qué sujeto hablamos:

En educación, como en toda actividad realmente humana, esto es, plenamente personal, nadie puede ofrecer más que una ayuda al otro para que obre según él mismo. Por eso, las pretensiones más ambiciosas son, empero, enormemente modestas. El educador, quien quiera que sea, nunca arregla nada; sólo ofrece una ayuda, más o menos valiosa, para que el educando «se arregle». Las aspiraciones educativas son desmesuradas; siempre trascienden al educador. Pero son, por lo mismo, radicalmente modestas: siempre las culmina el que se educa<sup>3</sup>.

Con estas palabras, Altarejos nos ayuda a comprender que la educación no sería nada en absoluto si no hubiera un educando. Es decir, el verdadero sujeto de la actividad educativa es el hombre, el niño, la persona humana, esa *prole* de la que habla santo Tomás en la definición mencionada anteriormente. Y este hombre no es otro que un compuesto de alma y cuerpo, como nos enseñaron ya algunos autores clásicos.

Ahora bien, para que la actividad educativa sea verdaderamente eficaz, es necesario contemplar a ese hombre en todas sus dimensiones. Algunas corrientes pedagógicas han caído en el reduccionismo antropológico, considerando a la persona humana únicamente desde una parte, cuando precisamente es en su globalidad donde la educación puede darse de un modo pleno.

Cuando santo Tomás habla de la persona, cita a Boecio refiriéndose a ella como una “sustancia individual de naturaleza racional”<sup>4</sup>. No obstante, en el caso de la persona humana a esta sustancia le es connatural el cuerpo. Se vuelve, pues, una unidad corpóreo-espiritual que posee una naturaleza con distintos grados de operación y perfección, “que son el vegetativo, el sensitivo y, sobre todo, el racional; hay que

---

<sup>3</sup> ALTAREJOS, F. *Educación y felicidad*. Pamplona: EUNSA, 1986, p.12.

<sup>4</sup> *Videtur quod incompetens sit definitio personae quam Boetius assignat in libro de duabus naturis, quae talis est, persona est rationalis naturae individua substantia* (TOMÁS DE AQUINO. *Summa Theologiae*, I, q.29, a.1, arg. 1).

añadir después una vida sobrenatural, que es pura gracia de Dios sobrevenida a la naturaleza”<sup>5</sup>.

Así, pues, la educación debe considerar al hombre en cada uno de dichos grados, procurando el bien que corresponde a cada uno de ellos y logrando un orden entre todas sus facultades. Es decir, debe ayudar a que todas las facultades inferiores poco a poco vayan ordenándose y dejándose gobernar por las superiores para alcanzar su máximo bien. El educador, entonces, intentará empezar educando los sentidos externos, haciendo que el bebé desarrolle cuanto sea posible su contacto con la realidad a través de lo sensible; posteriormente, hará crecer su imaginación y su memoria para así poder educar más fácilmente sus pasiones en orden a su razón y voluntad. Porque, tal como afirma santo Tomás “la diferencia constitutiva del hombre es racional”<sup>6</sup>. Es el intelecto lo más propio del ser humano. Por lo tanto, esta será la más grande preocupación del maestro, sin descuidar ninguna de las otras facultades del niño.

Sin embargo, pese a la importancia de empezar educando las facultades inferiores, solo considerando al hombre en su totalidad la educación se puede conducir al hombre a su estado de perfección. Por este motivo, hay que tenerlo en cuenta como organismo en que todas las potencias son educadas paulatinamente hasta que existe un orden y gobierno recto de la razón y la voluntad. En este sentido, resulta evidente que también deberán ser educadas las potencias superiores en edades tempranas, puesto que de modo particular la educación parece consistir en una actividad dirigida a perfeccionar las operaciones del entendimiento y la voluntad del niño, que son contemplar la verdad y amar el bien.

Y no solo el hombre posee distintos grados de perfección en sus facultades, sino que, además, por la vida racional que lo caracteriza “*elige intelectualmente sus propios fines*”<sup>7</sup> y, en su caso, “*los medios que conducen a los fines no vienen dados, sino que hay que encontrarlos*”<sup>8</sup>. Es decir, el ser humano es capaz de escoger sus fines y, más aún, los medios para alcanzar dichos fines. Todo ello es de gran relevancia en el ámbito educativo: en primer lugar, porque en tal caso el maestro deberá procurar que el niño descubra si sus acciones tienen algún sentido o razón y, en caso afirmativo, que aprenda cuál es el mejor motivo o fin que alcanzar; en segundo lugar, porque para alcanzar ese fin su modo de obrar deberá

---

<sup>5</sup> MARTÍNEZ, E. *Op.cit.*, p.166.

<sup>6</sup> *Sed contra, secundum philosophum, in VIII Metaphys., differentia sumitur a forma rei. Sed differentia constitutiva hominis est rationale; quod dicitur de homine ratione intellectivi principii. Intellectivum ergo principium est forma hominis* (TOMÁS DE AQUINO. *Summa Theologiae*, I, q.76, a.1, s.c.).

<sup>7</sup> YEPES, R.; ARANGUREN, J. *Fundamentos de Antropología*. 6a ed. Pamplona: EUNSA, 2003, p.24.

<sup>8</sup> *Ídem*.

corresponderse con el mismo y, en tercer lugar, porque, al no nacer con conocimiento absoluto, la educación estará implicada en la tarea de iluminarle el camino, la forma en que sus acciones se ordenarán a dicha finalidad.

### **1.3. El fin último de la vida humana: la felicidad**

Santo Tomás se ha referido a la educación como una actividad que conduce al niño hacia el *estado perfecto del hombre en cuanto hombre que es el estado de virtud*<sup>9</sup>. Podríamos, pues, pensar que toda la acción del maestro consiste en, como hemos dicho, que el alumno logre alcanzar un perfeccionamiento de su ser tal que pueda vivir de modo virtuoso, realizando el bien de un modo libre y gozando de ello. No obstante, aun estando en lo cierto, resulta conveniente que el educador tenga presente que la virtud, fin próximo de la educación, tiene una finalidad última para el educando: la felicidad.

Aristóteles afirma que “la felicidad es una actividad del alma de acuerdo con la virtud perfecta”<sup>10</sup>. Por lo tanto, podemos ver la virtud de la que hablamos en relación con esta felicidad. Aunque la virtud aparece como camino o medio para alcanzar la felicidad, parece que esta última no llega a darse sin la primera. Considerándola como bien en sí mismo (y, por tanto, como fin en sí), el maestro deberá comprender en profundidad en qué consiste este *estado perfecto* para llevar a cabo su labor educativa. Sin embargo, uno no puede comprender por completo esto sin tener presente el fin último al que su actividad se dirige.

Para ello, santo Tomás nos ayuda a entender, en primer lugar, que toda acción humana está originada por un fin<sup>11</sup> y que este es el que nos mueve a obrar. No solo eso, sino que “el principio de la intención es el último fin”<sup>12</sup> puesto que “si no hubiera último fin, no habría apetencia de nada, ni se llevaría a cabo acción alguna, ni tampoco reposaría la intención del agente”<sup>13</sup>. En las palabras del Aquinate vemos cómo aquello que es motor de la acción es el fin último y que es necesario para el hombre la existencia de este fin. Todas las acciones humanas se dirigen a él, incluso sin conocimiento del mismo. Y, pese a la diversidad de posiciones al respecto en el mundo contemporáneo, santo Tomás afirma que “todos los hombres coinciden en

---

<sup>9</sup> Véase cita n.1.

<sup>10</sup> ARISTÓTELES. *Ética a Nicómaco*. Madrid: Gredos, 2010, p.48.

<sup>11</sup> *Unde oportet quod omnes actiones humanae propter finem sint* (TOMÁS DE AQUINO. *Summa Theologiae*, I-II, q.1, a.1, in c.).

<sup>12</sup> *Principium autem intentionis est ultimus finis* (TOMÁS DE AQUINO. *Summa Theologiae*, I-II, q.1, a.4, in c.).

<sup>13</sup> *quia si non esset ultimus finis, nihil appeteretur, nec aliqua actio terminaretur, nec etiam quiesceret intentio agentis* (*Ídem*).

desear el fin último, que es la bienaventuranza”<sup>14</sup>. Todo ello resulta de vital importancia en la tarea educativa, puesto que la naturaleza del niño tiene unas exigencias que la educación debe atender y la más importante de todas ellas es que el niño sea feliz. Porque, como hemos citado, sin este fin *no reposaría la intención del agente*. Con ello queremos manifestar que el deseo del corazón del hombre espera esta bienaventuranza, la felicidad de la que hablamos. Y, como afirma san Agustín, sin ella no encuentra el reposo: “nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”<sup>15</sup>.

Por lo tanto, conviene ahondar en esta cuestión acerca de la felicidad dada su especial relación con la actividad educativa. La educación, en tanto que busca la bondad en el educando, tiene un carácter esencialmente moral. Así lo confirma Antonio Amado cuando dice que:

La perfección del hombre en cuanto hombre es una perfección moral. Es una experiencia que al hombre no se le llama bueno en cuanto hombre, ni por su inteligencia, ni por la inclinación de sus apetitos sensitivos, o su habilidad artística o deportiva, sino por la rectitud de la voluntad. [...] Como la perfección moral dice siempre relación con la felicidad es imposible una educación que no defina o insinúe en qué consiste la felicidad de la vida humana y según ésta regule la nociones de bien y mal<sup>16</sup>.

En efecto, lo que los padres o los maestros buscan es que el niño sea bueno, virtuoso. Y esta virtud pertenece a la vida moral del hombre, en cuanto que es considerada en vistas a su felicidad. Cuando el niño experimenta y conoce la razón de realizar el bien, la educación cobra sentido. De lo contrario, esta se vuelve un moralismo sin más contemplaciones que la virtud por la virtud; cuando, de hecho, la virtud es un bien evidente, pero ordenado a un bien mayor. Mas, ¿en qué consiste dicho bien? ¿Qué es realmente esta bienaventuranza o felicidad de la que hablamos? Tras haber aclarado que guarda una estrecha relación con la virtud perfecta, cabe ahora concretar cuál es la actividad a la que Aristóteles se refiere. El mismo autor responde a esta cuestión al afirmar que:

Si la felicidad es una actividad de acuerdo con la virtud, es razonable [que sea una actividad] de acuerdo con la virtud más excelsa, y ésta será una actividad de la parte mejor del hombre. Ya sea, pues, el intelecto ya otra cosa lo que, por naturaleza, parece mandar y dirigir y poseer el conocimiento de los objetos nobles y divinos, siendo esto mismo divino o la parte más divina que hay en nosotros, su actividad de acuerdo con la

---

<sup>14</sup> *Sed contra est quod Augustinus dicit, XIII de Trin., quod omnes homines conveniunt in appetendo ultimum finem, qui est beatitudo* (TOMÁS DE AQUINO. *Summa Theologiae*, I-II, q.1, a.7, s.c.).

<sup>15</sup> AGUSTÍN DE HIPONA. *Las Confesiones*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2005, p.73.

<sup>16</sup> AMADO, A. *La educación cristiana*. Barcelona: Scire, 2010, pp.19-20.

virtud propia será la felicidad perfecta. Y esta actividad es contemplativa, como ya hemos dicho<sup>17</sup>.

Queda claro, pues, que “la felicidad será una especie de contemplación”<sup>18</sup> del verdadero bien que sacia el corazón del hombre. Este, en tanto que fin último de la vida humana, lo es a su vez de la educación: la contemplación del Bien y la Verdad, esto es, de Dios. En palabras de Amado, este fin sobrenatural de la vida del hombre “excede, sin anularlas, la capacidad de su naturaleza y sus inclinaciones”<sup>19</sup>. En definitiva, siguiendo las palabras del mismo autor, sostenemos que:

Dios al crearnos ha puesto en nuestro corazón el deseo de Él; usando una expresión de San Agustín, el hombre es *capax Dei*. Dios ha querido que el hombre le busque, y para ello ha inscrito en nuestra naturaleza el deseo de Él. Preguntar por la vida eterna es preguntar por la felicidad última del hombre, por aquello que detiene y calma definitivamente nuestros apetitos<sup>20</sup>.

Por propia voluntad divina, el hombre es capaz con la ayuda de la gracia de alcanzar el conocimiento de Dios, pero para ello primero pone un anhelo en su corazón que lo mueve a buscar el sentido de la vida, a preguntarse por la felicidad y a buscarla en todas aquellas cosas que están a su disposición. Este anhelo es el que impide el reposo del corazón humano hasta encontrar su fin y, al mismo tiempo, el que posibilita esta búsqueda del bien absoluto y, por lo tanto, también es el que da sentido a la educación. Y es de urgente importancia que haya una conciencia del fin en la tarea educativa, puesto que, tal como nos enseña el Aquinate, “habiendo algún fin óptimo en los actos humanos, su conocimiento es necesario al hombre y tiene gran importancia para la vida, prestándole una enorme ayuda a toda la vida humana”<sup>21</sup>. Todo hombre actúa movido por este deseo de felicidad, aun sin ser del todo consciente de ello, pero mucho mejor encaminado estará el obrar humano si sabe hacia dónde se dirige, porque si no puede caer en el error de escoger un mal camino. No se pueden escoger apropiadamente los medios sin conocer los fines. Dicho de otro modo, “el hombre no puede conseguir que algo se dirija rectamente a otro si no sabe hacia dónde debe dirigirlo”<sup>22</sup>. Vemos, pues, que resulta conveniente para el hombre y su felicidad que toda su vida y todos sus actos estén ordenados al fin último para el que ha sido creado. Y no solo eso, sino que para que esto se dé de un modo recto es necesario el conocimiento del fin. Por lo tanto, todo maestro o educador tendrá que conocer este fin para poder conducir al niño al mismo.

---

<sup>17</sup> ARISTÓTELES. *Op.cit.*, p.287.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p.292.

<sup>19</sup> AMADO, A. *Op.cit.*, p.85.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p.86.

<sup>21</sup> TOMÁS DE AQUINO. *Comentario a la Ética a Nicómaco de Aristóteles*. Navarra: EUNSA, 2000, p.8.

<sup>22</sup> *Ibidem*.

Ahora bien, si el fin excede la capacidad, ¿cómo podemos llegar a alcanzarlo? Como hemos dicho, por la gracia divina hemos sido creados *capax Dei*. En tanto que criaturas, participamos de la bondad y el ser de Dios y estamos llamados como todo efecto a asemejarse a su causa. Por eso, santo Tomás afirma que se dice de esta felicidad que es algo divino no solo porque provenga de Dios, sino “porque nos asemeja a Él por la excelencia de su bondad”<sup>23</sup>. La felicidad no solo se encuentra en poder participar de la divina bienaventuranza, sino en el bien de la perfección que se va adquiriendo al asemejarse a Dios.

Tal como hemos comentado, la actividad a través de la cual el hombre es capaz de alcanzar dicha felicidad es una operación contemplativa, especulativa; más concretamente, consiste “en la consideración de la verdad”<sup>24</sup>. El niño, el hijo, el alumno busca de manera natural conocer la verdad de las cosas y, en esta búsqueda, se detiene cuando la encuentra y conoce para contemplarla. Lo que contempla no es otra cosa que Dios. Así lo confirma el Doctor Angélico al decir que “la bienaventuranza última y perfecta sólo puede estar en la visión de la esencia divina”<sup>25</sup>. Así, puesto que se trata de una actividad que no puede realizar un hombre por otro, podríamos preguntarnos entonces: ¿qué lugar ocupa la educación en orden a alcanzar este fin? Acerca de esta cuestión, Francisco Altarejos nos responde diciendo que:

La felicidad es el fin final de la educación. Aunque no lo sea formalmente, por la propia naturaleza de la felicidad, lo es realmente. Aunque el educador no se proponga de entrada proporcionar la felicidad, pues ésta es del educando y no suya, debe pretender que sus acciones susciten la felicidad en un cierto grado<sup>26</sup>.

En efecto, la acción del maestro debe despertar en el alumno cierto atisbo de la felicidad que se le ha prometido en su corazón. Es cierto que no puede directamente proporcionarle tal bien, pero deviene un medio para que el niño encuentre la luz en el ejemplo que tiene ante él y así pueda encontrar el camino para dar con ese bien que tanto anhela. A pesar de que en el mundo contemporáneo resulta complicado dar con una propuesta educativa que observe al educando desde una visión global, completa de su ser y todo ello arrastre como consecuencia una búsqueda de lo absoluto en lo finito y corpóreo, se manifiesta más aún la indigencia humana “en la aspiración a la felicidad del ser espiritual, que en los deseos corporales exclusivamente. Pero aún se percibe mejor en la totalidad del hombre. Es el ser

---

<sup>23</sup> *Ibidem*, p.38.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p.409.

<sup>25</sup> *Respondeo dicendum quod ultima et perfecta beatitudo non potest esse nisi in visione divinae essentiae* (TOMÁS DE AQUINO. *Summa Theologiae*, I-II, q.3, a.8, in c.).

<sup>26</sup> ALTAREJOS, F. *Op.cit.*, p.32.

humano, en su totalidad, quien es indigente”<sup>27</sup>. Por ello, ante esta indigencia, se nos muestra que la tarea educativa está íntimamente ligada a la aspiración a ser feliz de cada hombre. Pío XI advierte al respecto que “es de la mayor trascendencia no errar en la dirección personal hacia el fin último, con el cual está íntima y necesariamente ligada toda la obra de la educación”<sup>28</sup>. Porque, en efecto, lo que buscamos en la labor educativa es que el niño sea feliz y para ello conviene poner todos los medios y facultades a disposición de este fin.

#### **1.4. Amistad y palabra**

##### *1.4.1. La amistad como fundamento de la educación*

Hasta ahora hemos dicho que la actividad que conduce a la felicidad es principalmente una acción contemplativa. Entonces, podemos afirmar que no se trata solo de una tarea intelectual. Así nos muestra Altarejos que “el intelecto ve; pero, para que contemple, tiene que ver lo que se ama”<sup>29</sup>. Y es que, con palabras del Papa Francisco, entendemos que

La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca. Quien ama comprende que el amor es experiencia de verdad, que él mismo abre nuestros ojos para ver toda la realidad de un modo nuevo, en unión con la persona amada<sup>30</sup>.

Todos hemos podido constatar en un momento u otro que una verdad fría, impersonal, puramente científica no sacia en profundidad nuestros deseos. El bien y la verdad que tanto anhela el hombre van íntimamente unidos al amor. Así como vemos a la persona humana como un organismo y sus facultades operan desde la misma unidad del alma con cierta conexión entre ellas, la operación de la voluntad no puede quedar completamente aislada del entendimiento –pues uno no puede amar aquello que no conoce– ni tampoco, entonces, debemos excluir esa acción volitiva de la contemplativa, porque en la propia contemplación de la verdad hay un gozo que sigue a la misma.

Y, si bien en la vida eterna dicho estado se puede alcanzar sin necesidad de otros más que de Dios, afirmamos con el Aquinate que, “si hablamos de la felicidad de la

---

<sup>27</sup> *Ibidem*, p.42.

<sup>28</sup> Pío XI. *Divini Illius Magistri* [en línea]. Roma: 1929, §5. Disponible en: [https://w2.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf\\_p-xi\\_enc\\_31121929\\_divini-illius-magistri.html](https://w2.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_31121929_divini-illius-magistri.html) [Consultado: 28 de mayo de 2018]

<sup>29</sup> ALTAREJOS, F. *Op.cit.*, p.134.

<sup>30</sup> FRANCISCO. *Lumen Fidei*. Madrid: San Pablo, 2013, pp.41-42.

vida presente, como dice el Filósofo en IX *Ethic.*, el hombre feliz necesita amigos<sup>31</sup>. Esta relación de amistad supone un elemento necesario en el proceso educativo para que se dé verdaderamente una vida virtuosa. Así lo afirma Palet al decir que “*el amor y la amistad crean el contexto indispensable y adecuado para la comunicación y manifestación de la virtud y de la vida feliz*”<sup>32</sup>. Es gracias a ellos que la actividad educativa se realiza de un modo verdadero. Ambos son “principio activo para la educación”<sup>33</sup>. En tanto que la educación consiste en una comunicación de bien entre el educador y el educando en orden al perfeccionamiento de este último, hay que tener presente que también en la amistad el fundamento de la misma es una cierta comunicación de vida íntima y, por tanto, en este amor de amistad, “*la apertura del corazón* dispone, adapta, prepara y habilita al que ama para la recepción no sólo del bien mismo que supone la persona del amigo, sino también del bien concreto que éste quiere para el amado”<sup>34</sup>. Y en el caso de la educación éste no es otro que el propio bien del educando, el perfeccionamiento de su ser.

La amistad deviene así un elemento esencial en la educación que debe ser considerado y tratado con la dignidad que merece. Es importante acompañar al alumno más allá de lo académico, puesto que uno no nace sabiendo amar, por lo que la naturaleza del niño exige aprender que “*la amistad a la que aspira el ser personal, la amistad que se necesita para la virtud es la amistad de persona a persona*”<sup>35</sup>. Sin embargo, esta relación de persona a persona comienza por la comunidad nuclear donde el niño aprende lo que es el amor: en la familia. Nos enseña Palet que “*la actuación amorosa de los padres hacia el niño despierta en éste una necesidad natural, propia del ser personal que se siente y se vive amado, de respuesta a ese amor*”<sup>36</sup>. Por ello, cuando el niño conoce y experimenta el saberse amado por otro, responde ante esta circunstancia con un deseo de corresponder a dicho amor. Y aquí aprende en qué consiste la amistad, donde ambos amigos tienen un mutuo amor que les hace crecer en bondad y, como consecuencia, también en felicidad. Wadell nos explica que el gozo propio de los amigos se encuentra en “*la oportunidad de hacer algo noble por la persona que aman*”<sup>37</sup>. Es en el bien del otro, en el don de sí desinteresado, donde el amigo encuentra su propia felicidad. El mismo autor sostiene la idea de la amistad como

---

<sup>31</sup> *Respondeo dicendum quod, si loquamur de felicitate praesentis vitae, sicut philosophus dicit in IX Ethic., felix indiget amicis* (TOMÁS DE AQUINO. *Summa Theologiae*, I-II, q.4, a.8, in c.).

<sup>32</sup> PALET, M. *La familia educadora del ser humano*. Barcelona: Scire Balmes, 2000, p.40.

<sup>33</sup> *Ídem*.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p.47.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p.49.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p.111.

<sup>37</sup> WADELL, P.J. *La primacía del amor. Una introducción a la ética de Tomás de Aquino*. Madrid: Palabra, 2007, p.125.

una escuela donde el niño aprende lo que es la virtud. Las amistades, afirma, “son un modo de vida que nos enseña lo que significa ser bueno y que realmente nos hace buenos”<sup>38</sup>. En la verdadera y buena amistad, en la amistad entre hombres nobles, los amigos descubren el bien conjuntamente y se ayudan a crecer practicándolo. Wadell nos lo explica con las siguientes palabras:

Los amigos son las personas que, por su atención amorosa, nos moldean hacia la plenitud, que, por practicar su amor en nosotros, nos conducen a la realización de nuestro ser de un modo que nunca alcanzaríamos solos. Los amigos ven en nosotros cualidades que hemos sido incapaces de ver o que, incluso, si las hubiéramos visto, habríamos sido incapaces de realizarlas sin su presencia<sup>39</sup>.

En efecto, vemos cómo en la amistad el hombre descubre lo que es el amor y hasta qué punto este es capaz de transformar el corazón humano. Así, creciendo en bondad junto con el amigo, uno alcanza la felicidad más plenamente.

#### 1.4.2. La amistad con Dios

¿Qué ocurre, se pregunta Wadell, en el caso de la amistad con Dios? Respecto a esta cuestión, nos responde lo siguiente:

Por nuestra parte, buscar su bien es querer hacer su voluntad. Es adorar, alabar y venerar a Dios, disfrutar de su bondad y gozar de su amor, es servir a Dios porque somos agradecidos y vivir para Él porque le amamos. [...] Pero Dios, a su vez, obra a nuestro favor. Nos ama y procura lo mejor, que consiste en tener la plenitud en Dios, llegar a ser semejantes a Él. Dios trabaja para nuestro bien con su amor y nos introduce cada vez más plenamente en el Amor Divino<sup>40</sup>.

Esta amistad con Dios es lo que llamamos caridad, que consiste en este sentirse amado por Él y corresponder en la medida humana a su Amor, de manera que nos hace cada vez más partícipes de este y nos permite no solo amarle a Él, sino también al prójimo a raíz de dicha participación. Así como en cualquier amistad sucede que uno descubre su propio bien, en el caso de la caridad el hombre entra en contacto con la bondad divina y esto supone para él el máximo gozo que es capaz de alcanzar. En relación a esto, Wadell detalla que en este caso –al no ser un bien que podamos alcanzar de modo directo– solo podemos llegar a Dios a través de su amistad<sup>41</sup>, de tal modo que podríamos afirmar con el autor que:

La estrategia de la caridad es conducirnos a una semejanza con Dios lo bastante profunda como para que disfrutemos de la felicidad que goza Él mismo. Todo amor

---

<sup>38</sup> *Ibidem*, p.130.

<sup>39</sup> *Ibidem*, pp.131-132.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p.135.

<sup>41</sup> Cfr. *Ibidem*, p.136.

asemeja a los amantes y la caridad nos da la semejanza de Dios necesaria para ser amigos de Dios<sup>42</sup>.

En esta amistad, logramos la unión con Él y entonces nuestro amor nos ayuda a alcanzar una mayor perfección, “no porque desarrolle una capacidad innata en nosotros, sino porque nos acerca más a los que pueden llevarnos a nuestra plenitud”<sup>43</sup>. Por ello, siendo la caridad “la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por Él mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios”<sup>44</sup>, gracias a dicha virtud logramos perfeccionar todas las demás virtudes, porque es la que más nos acerca al fin último para el que existimos. La caridad es, pues, madre de todas las demás virtudes, pues el ejercicio de las mismas “está animado e inspirado por la caridad. [...] La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino”<sup>45</sup>. Esto es, por la gracia divina eleva el amor humano y lo perfecciona de tal modo que “eleva por consiguiente toda forma de amistad humana, familiar, social y política”<sup>46</sup>, porque el hombre descubre en el amor de Dios que uno encuentra mayor felicidad en el don de sí y entiende que la verdadera amistad es una comunicación de bien (un bien que es la propia persona que se entrega) que se vive a través del diálogo, de una palabra que es comunicada al amigo desde el interior. A este amor en que lo que buscamos dar es a nosotros mismos lo llamamos amor “oblativo”<sup>47</sup>, el cual no consiste simplemente en morir por el amigo, sino que, en palabras de Enrique Martínez, lo que busca es “una unión que se alcanza por la contemplación del amigo en su presencia”<sup>48</sup>. Por lo tanto, podríamos afirmar que el fin de dicha amistad es una contemplación amorosa en la presencia del amigo, haciéndole manifiesto lo más íntimo que hay en su corazón. La amistad, entonces, es “una auténtica comunicación de vida, una comunicación del propio bien personal, que es amado precisamente en tanto que es comunicable al amado”<sup>49</sup>.

Esta misma comunicación hace referencia al fin último del que hablábamos, de acuerdo con Canals, que entiende la contemplación que hemos mencionado como actividad que sacia nuestros anhelos más profundos como “una ‘comunicación de vida personal’; en ésta uno le abre el corazón a su amigo para que pueda darse un

---

<sup>42</sup> *Ibidem*, p.139.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p.159.

<sup>44</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*. Barcelona: Asociación de Editores del Catecismo, 1995, n.1822.

<sup>45</sup> *Ibidem*, n.1827.

<sup>46</sup> MARTÍNEZ, E. “*Bonum amatur in quantum est communicabile amanti*. Amor y bien en la metafísica de Santo Tomás de Aquino”. *Espíritu LXI* (2012), núm.143, p.84.

<sup>47</sup> *Ibidem*, pp.87-88.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p.90.

<sup>49</sup> *Ídem*.

diálogo amistoso, en el que ambos se miran y contemplan con amor”<sup>50</sup>. Podemos comprender, entonces, la relevancia de la amistad en orden al fin último de la vida humana, y es que gracias a esta comunicación de la propia persona el hombre es capaz de –a través del diálogo en el que se revela una palabra amorosa al amigo– descubrir la plenitud de vida que está llamado a vivir. Y este bien no es otro que, como vamos diciendo, el amor. Así lo expone Amado diciendo que:

*Creado por amor, la vocación del hombre es el amor; el hombre no se encontrará verdaderamente a sí mismo sino en la entrega de sí mismo a los demás. La existencia en la libertad es inseparable de la existencia en la caridad. La educación cristiana se ordena a que el hombre alcance esa plenitud de vida en que hace de su vida don para los demás*<sup>51</sup>.

#### 1.4.3. La caridad como madre de todas las virtudes

No puede haber verdadera y completa plenitud de la vida humana sin esta virtud que es forma y madre de las demás. Para que la acción humana sea verdaderamente virtuosa, ésta debe ser informada por la caridad, porque hace que la misma –que de por sí es ordenada por la razón– perfeccione a través del amor infundido por Dios el alma y todas las virtudes formadas en ella. Transforma el corazón del hombre porque ordena todas sus obras al fin sobrenatural que da sentido a su ser. Santo Tomás nos ofrece una mejor comprensión de esta idea al afirmar lo siguiente:

Se dice que la caridad es fin de las demás virtudes porque a todas las ordena hacia el fin. Y puesto que es madre quien concibe de otro, en ese sentido se llama madre de las virtudes, ya que, por el apetito del fin último, produce los actos de las demás virtudes imperándolos<sup>52</sup>.

Ahora bien, si decíamos que el fin último de la vida humana consiste en una actividad propia del entendimiento, puesto que se trata de una contemplación de la Verdad, ¿cómo es posible que, entonces, la caridad aparezca como la más perfecta de todas las virtudes? Porque, ciertamente, el entendimiento es más perfecto que la voluntad, pero en la vida terrenal nos explica Amado que “podemos unirnos más a Dios mediante la voluntad (que es perfeccionada por la caridad) que mediante el entendimiento”<sup>53</sup>. Dado que uno no puede amar lo que no conoce, la voluntad es precedida por el entendimiento; sin embargo, la caridad –que radica en la voluntad–

---

<sup>50</sup> MARTÍNEZ, E. “Contemplación de la belleza y perfección de la vida humana”. *Revista Espiritu*. Año LXII. Núm. 145 (2013), p.69.

<sup>51</sup> AMADO, A. *Op.cit.*, p.37.

<sup>52</sup> *Ad tertium dicendum quod caritas dicitur finis aliarum virtutum quia omnes alias virtutes ordinat ad finem suum. Et quia mater est quae in se concipit ex alio, ex hac ratione dicitur mater aliarum virtutum, quia ex appetitu finis ultimi concipit actus aliarum virtutum, imperando ipsos* (TOMÁS DE AQUINO. *Summa Theologiae*, II-II, q.23, a.8, ad 3).

<sup>53</sup> AMADO, A. *Op.cit.*, p.44.

no puede prescindir de la razón. Santo Tomás nos presenta la explicación de esta idea diciendo que:

Según el Filósofo en III *De An.*, se puede decir que la voluntad está también en la razón, y por eso la caridad, aunque está en la voluntad, no es ajena a la razón. No obstante, la razón no es regla de la caridad, como lo es de las virtudes humanas; está regulada por la sabiduría de Dios y excede la regla de la razón humana, a tenor de estas palabras de la Escritura: *Conocer la caridad de Cristo que supera toda ciencia* (Ef 3,19). Por eso no radica en la razón ni como sujeto, al igual que la prudencia, ni como principio regulador, como es el caso de la justicia o de la templanza. Radica en la razón solamente por cierta afinidad de la voluntad con la razón<sup>54</sup>.

De tal modo que, pese a tratarse de una virtud que parece únicamente estar vinculada a la voluntad por el hecho de consistir en una acción amorosa, en tanto que orienta nuestro obrar al fin último también dice relación con el conocimiento del mismo y, en consecuencia, no es ajena a la razón.

Así, pues, el fin último del hombre consiste en la felicidad que emerge de la actividad contemplativa de la Verdad y del Bien, pero esta contemplación va de la mano de una acción amorosa. Y la forma de educar la voluntad para este fin es por medio del amor y la amistad, dado que a través de ellos el niño crece en una comunicación de bien vivida en el diálogo con un *tú* que, siendo distinto a él, cada vez concibe más como *otro yo*, de tal forma que cuando conoce el amor este transforma e ilumina todo el sentido de su existencia. El niño, para aprender a amar, primero debe saberse amado y no hay mejor modo de mostrarle el amor que a través de la palabra y el ejemplo. La naturaleza del educando exige, espera una palabra de amor por la que valga la pena vivir. He aquí el papel tan importante de la palabra en el orden de la amistad humana. Sin embargo, cabe ahondar en esta cuestión para comprender mejor cuál es el fin del lenguaje humano.

### **1.5. El fin del lenguaje**

En su obra *De Magistro*, san Agustín plantea a Adeodato la siguiente cuestión: “¿Qué te parece que pretendemos cuando hablamos?”<sup>55</sup>. La pregunta por la palabra humana ha sido discutida por diversos autores y, por ello, encontramos múltiples teorías acerca del lenguaje humano y su función, cada una de las cuales

---

<sup>54</sup> *Ad secundum dicendum quod voluntas etiam, secundum philosophum, in III de anima, in ratione est. Et ideo per hoc quod caritas est in voluntate non est aliena a ratione. Tamen ratio non est regula caritatis, sicut humanarum virtutum, sed regulatur a Dei sapientia, et excedit regulam rationis humanae, secundum illud Ephes. III, supereminentem scientiae caritatem Christi. Unde non est in ratione neque sicut in subiecto, sicut prudentia; neque sicut in regulante, sicut iustitia vel temperantia; sed solum per quandam affinitatem voluntatis ad rationem* (TOMÁS DE AQUINO. *Summa Theologiae*, II-II, q.24, a.1, ad 2).

<sup>55</sup> Cfr. AGUSTÍN DE HIPONA. *El maestro o sobre el lenguaje*. Madrid: Trotta, 2003, c.1, n.1.

precedentes de una cierta visión antropológica. Podemos afirmar con Aristóteles que “el hombre es un ser naturalmente sociable”<sup>56</sup> y, en tanto que ser social o político, tiende a relacionarse con los demás. Ahora bien, ¿qué es lo más propio del ser humano? Se distingue de las demás criaturas por su capacidad racional y esta, para comunicar los conceptos, hace uso del lenguaje, de la palabra, por la que emite aquello que hay en su pensamiento. Así nos lo explica el mismo autor:

Si el hombre es infinitamente más sociable que las abejas y que todos los demás animales que viven en grey, es evidentemente, como he dicho muchas veces, porque la naturaleza no hace nada en vano. Pues bien, ella concede la palabra al hombre exclusivamente. Es verdad que la voz puede realmente expresar la alegría y el dolor, y así no les falta a los demás animales, porque su organización les permite sentir estas dos afecciones y comunicárselas entre sí; pero la palabra ha sido concedida para expresar el bien y el mal, y, por consiguiente, lo justo y lo injusto, y el hombre tiene esto de especial entre todos los animales: que sólo él percibe el bien y el mal, lo justo y lo injusto y todos los sentimientos del mismo orden cuya asociación constituye precisamente la familia y el Estado<sup>57</sup>.

Podemos afirmar con el autor que la palabra es dada al hombre por su propia naturaleza, no solo para expresar sus emociones, sus sentimientos, sino para manifestar aquello que nace de su ser racional: el descubrir lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. Porque este descubrir es lo que perfecciona la naturaleza humana y, por ello precisamente, el hombre tiende a difundir el bien que posee y comunicarlo a los demás por medio de su palabra. Del mismo modo, el Doctor Angélico comenta las palabras de Aristóteles confirmando que:

Por eso la locución es propia de los hombres; porque en relación con los otros animales es propio del hombre que tenga conocimiento del bien y del mal, de lo justo y lo injusto y de otros similares, que pueden transmitirse o significarse por medio de la palabra<sup>58</sup>.

En efecto, esta capacidad de conocer el bien y la verdad que hay en el ser de la persona humana es lo que causa que lo que hay dentro de sí pueda ser difundido a otro mediante el lenguaje del hombre. Cabe insistir en esta idea del lenguaje como bien propio del hombre por causa de su naturaleza racional. Para ello, Bártoli nos ayuda a comprender mejor esta idea diciendo que “la palabra humana exterior solo es verdadera palabra y, por tanto, capaz de constituir una locución iluminativa, si significa la palabra interior”<sup>59</sup>. Hay una primera palabra en el hombre que es formada, concebida en su alma. De ahí que, posteriormente, puede expresarla con

---

<sup>56</sup> ARISTÓTELES. *La política*. 12a ed. Madrid: Espasa Calpe, 1974, p.23. (Colección Austral, 239)

<sup>57</sup> *Ibidem*, pp.23-24.

<sup>58</sup> TOMÁS DE AQUINO. *Comentario a la Política de Aristóteles*. Pamplona: EUNSA, 2001, p.47.

<sup>59</sup> BÁRTOLI, L.M. *La acción de enseñar en el orden de la providencia y del gobierno divino según santo Tomás de Aquino* [en línea]. Barcelona: Universidad Abat Oliba CEU, 2015. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10803/376702>, p. 565. [Consultado: 13 de febrero de 2018]

la palabra exterior “que solo lo es verdaderamente en la medida en que es efecto de algo concebido en el interior”<sup>60</sup>.

Todo ello es de gran relevancia para la actividad educativa, puesto que la razón de que exista el lenguaje humano para comunicar y descubrir la bondad de las cosas supone que esto mismo es lo que buscaremos cuando el niño se adentre en la lectura de cualquier obra literaria, converse con sus amigos, escuche a su maestro... Como nos muestra el mismo autor, la enseñanza “no es la mera expresión de palabras extrínsecamente sobrevenidas, sino un verdadero decir una palabra que brota del corazón”<sup>61</sup>. Toda palabra del maestro, del padre o, en definitiva, del educador es portadora de una palabra interior que este ha concebido y, dado que el bien es difusivo de sí, se comunica al educando para que pueda poseerla y concebirla dentro de sí. Afirma Canals que esta comunicación se da entre los amigos de modo especial y ahí se muestra la perfección del lenguaje mental, puesto que:

no parece que la emanación se dirija a algo extrínseco a nuestra vida personal, por ser una comunicación que desde la propia vida personal se dirige a alguien a quien, por la connaturalidad consistente en el amor de amistad, miramos y sentimos como alguien uno con el mismo hombre que habla<sup>62</sup>.

La amistad es lo que da plenitud al lenguaje del hombre, puesto que en la comunicación amistosa “la propia vida se transmite y comunica”<sup>63</sup>. En ese diálogo de tú a tú, de persona a persona, donde uno comunica al otro un bien poseído, donde los amigos tratan por medio de la palabra de alcanzar el conocimiento verdadero, “el lenguaje del espíritu transmite vitalmente lo que el hombre posee como viviente personal: la experiencia, el recuerdo y el amor”<sup>64</sup>. El hombre utiliza la palabra como medio para expresar lo máspreciado que ha conocido y que alberga en su interior. Y no solo lo hace en orden a poder contemplar la Verdad, alcanzando así la felicidad que es fin último de su existencia, sino que obtiene esta misma felicidad a su vez al comunicar y difundir ese bien que posee. En relación a esta idea, Canals nos enseña que:

No podría explicarse la felicidad del hombre, en el tiempo y en la eternidad, si removiésemos de la misma el conocimiento, el juicio sobre la verdad y el bien, máximamente y primariamente poseídos, por los entes personales. O si excluyéramos de la misma felicidad la comunión de vida interpersonal consistente en el amor de amistad, o

---

<sup>60</sup> *Ídem.*

<sup>61</sup> *Ibidem*, p.567.

<sup>62</sup> CANALS, F. *Sobre la esencia del conocimiento*. Barcelona: Promociones Publicaciones Universitarias, 1987 (Biblioteca Universitaria de Filosofía, 11), pp.680-681.

<sup>63</sup> *Ibidem*, pp.681-682.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p.682.

si supusiéramos a los entes personales, capaces de conocerse y amarse, como incapaces de ejercitar su comunión interpersonal en un diálogo impulsado por el amor de amistad, y ordenado a consumarlo en la donación comunicativa vivida en el «diálogo»<sup>65</sup>.

Por lo tanto, el fin del lenguaje no es otro que dicha felicidad; esto es, el mismo fin de la vida humana. Sin embargo, se nos muestra que, para alcanzarlo, la naturaleza social del hombre tampoco ha sido en vano, sino que los hombres viven en sociedad en orden a este mismo fin. Acerca de esto nos enseña Enrique Martínez que “la palabra le ha sido concedida en orden a un fin, que es manifestación del bien, siendo la comunicación de esta verdad con otros hombres la que nos une en sociedad”<sup>66</sup>. Esta manifestación del bien que se realiza a través de la palabra es la que da sentido a la naturaleza social del hombre. Sin embargo, Martínez continúa afirmando que la manifestación más elevada del lenguaje humano se da en el seno familiar y entre los amigos, porque:

en éstos la comunicación por medio de la palabra no tiene como objeto algo extrínseco, sino lo más íntimo de la propia vida; ni tampoco es extraño el destinatario, sino alguien a quien el amor ha unido a sí de tal modo que éste parece hablar consigo mismo<sup>67</sup>.

## 2. La palabra literaria en el orden de la perfeccionamiento humano

*Aquello me hizo, de hecho, convertir e incluso bautizar (y en este punto es donde intervino la muerte) mi imaginación. Pero no les hizo nada a mi intelecto ni (en esa época) a mi conciencia. Eso ocurriría mucho después, gracias a muchos otros libros y personas. Sin embargo, cuando el proceso se completó (quiero decir, claro está, “cuando realmente empezó”) me di cuenta de que todavía estaba con MacDonald, que éste me había acompañado durante todo el camino y que al fin yo estaba preparado para escuchar ciertas cosas que él no podía haberme confiado en aquel primer encuentro.*

C.S. LEWIS (*Fantastes*, prólogo)

### 2.1. El fin del lenguaje literario

Tras haber visto cómo la palabra es manifestación de un bien que el hombre desea comunicar al amigo, veremos ahora cuál es el fin en concreto en el caso del lenguaje literario. Resulta claro que este está ordenado asimismo a la búsqueda de lo bueno y lo malo, de lo justo y lo injusto. Sin embargo, ¿qué es lo específico de este lenguaje?

---

<sup>65</sup> *Ibidem*, pp.682-683.

<sup>66</sup> MARTÍNEZ, E. “El subsistir personal, fundamento de la comunicación de vida humana”. *Revista Espiritu*. Año LXII. Núm. 146 (2013), p.311.

<sup>67</sup> *Ibidem*, p.329.

### 2.1.1. El potencial educativo de la palabra: *mimesis* y *catarsis*

De acuerdo con Aristóteles, entendemos que “el imitar es algo connatural a los hombres desde niños”<sup>68</sup>. Y no ocurre otra cosa en el caso de la literatura. En ella, el autor trata de imitar imágenes de la realidad, historias vividas por hombres a través de las que uno conoce y entiende mejor el mundo que lo rodea. En esto consiste la idea aristotélica de la *mimesis*: en la imitación de la realidad que aparece en la obra. Y a esta actividad mimética le sigue la *catarsis*, un proceso por el cual el lector se identifica con el personaje de la narración y aprende a través de una experiencia vicaria que la virtud lleva a la felicidad y el vicio a la desdicha. En relación a esta última idea de *catarsis*, Waugh comenta lo siguiente:

Since the fictional characters are good but not perfect individuals, they are in some sense like us: they are human beings, and suffer losses and calamities that happen to people in real life. Whereas we, as readers, maintain a degree of distance from the characters, we none the less identify with them as human beings. When we encounter tragic characters and events in literature, we are led to experience our own humanity and the extraordinary vulnerability that characterizes every human life<sup>69</sup>.

El personaje de la obra, siendo hombre como el lector, da lugar a una identificación con él y, pese a la distancia entre ambos, se produce una llamada a la propia experiencia de dicho lector que le hace comprender el sentido de su vida, de las situaciones concretas por las que ha pasado y le proporciona una luz moral a través de los acontecimientos de la trama aun sin haberlos vivido en su propia piel. Esto nos muestra el gran potencial de la literatura, que deviene un medio para perfeccionar nuestro ser, para conocer la verdad y amar el bien.

Es cierto que resulta muy complicado realizar una selección o definir un criterio que nos permita escoger una serie de obras literarias, en tanto que todas ellas son escritas por y para hombres y, por lo tanto, contienen en mayor o menor medida una participación de dicha verdad. No obstante, encontramos en los clásicos literarios una prueba del tiempo que nos permite verificar que, a través de ellos, hombres y mujeres durante largos años han gozado con la lectura de esas obras. Y la razón de este hecho es que el bien y la verdad que hay en ellas se esconden detrás de una belleza que mueve el apetito del hombre hacia el lugar donde su corazón encuentra el descanso del alma.

---

<sup>68</sup> ARISTÓTELES. *Poética*. Madrid: Alianza, 2013, p.41.

<sup>69</sup> WAUGH, P. *Literary Theory and Criticism: An Oxford Guide*. New York: Oxford University Press, 2006, p.45.

En efecto, este es el fin del lenguaje, como hemos dicho, pero específicamente la literatura consigue acercarnos a dicho fin a través de la belleza, de lo estético, porque lo bello mueve nuestro apetito hacia el bien. No se trata de una belleza que se dirija únicamente a los sentidos, sino que la verdadera belleza de la obra literaria lo es en tanto que lo bello es bueno y verdadero; esto es, en cuanto detrás de esa belleza se esconde una verdad acerca del hombre, la cual supone un bien moral para él. En definitiva, hay un sentido moral de la belleza literaria que hace al hombre más feliz tras leer la obra. Podríamos, pues, presentar objeciones ante la idea que presenta Oscar Wilde en el prefacio de *El retrato de Dorian Gray* cuando afirma que el artista es el creador de cosas bellas, al afirmar lo siguiente: “There is no such thing as a moral or an immoral book. Books are well written, or badly written. That is all. [...] No artist has ethical sympathies.”<sup>70</sup>. En contraposición a la perspectiva del autor, negando la idea del arte por el arte, sostenemos que el lenguaje literario tiene un potencial educativo precisamente porque es un medio, una herramienta para que el lector, movido por la belleza de la obra, encuentre el bien que perfecciona su ser.

### 2.1.2. La belleza como manifestación del bien perfectivo del hombre

Como hemos dicho, la belleza es aquello que hace específico el fin del lenguaje literario: es a través de lo bello que los apetitos del hombre son movidos hacia el bien con mayor facilidad y una de las características de la literatura es que exista una belleza tanto en la forma de la obra como en el fondo; tanto en la rima en las poesías, en la descripción de ambientes, de personajes, en el uso del léxico, como en la bondad de la acción de cada personaje, en el modo en que se desencadenan los sucesos de la trama, en el sentido de la historia narrada...

No obstante, conviene profundizar en la cuestión de la belleza para alcanzar una mayor comprensión de cuál es su papel en el potencial educativo de la literatura. Por ello, nos planteamos con san Agustín lo siguiente:

¿Amamos por ventura algo fuera de lo hermoso? ¿Y qué es lo hermoso? ¿Qué es la belleza? ¿Qué es lo que nos atrae y aficiona a las cosas que amamos? Porque ciertamente que si no hubiera en ellas alguna gracia y hermosura, de ningún modo nos atraerían hacia sí<sup>71</sup>.

Ciertamente, nada hay que podamos amar sin que exista en ese algo una belleza que mueva nuestro ser hacia él. Tal como hemos mencionado, la belleza se da en tanto que lo bello es, a su vez, bueno y verdadero. Por los trascendentales del ser

---

<sup>70</sup> WILDE, O. *The picture of Dorian Gray*. Londres: Harper Press, 2010, xiii.

<sup>71</sup> SAN AGUSTÍN. *Las Confesiones*, p.177.

podemos hablar de belleza. En otro caso, esta quedaría reducida a un subjetivismo que, como ocurre en la actualidad, acabaría por llevar a la negación de la misma. Por ello, afirmamos con Abelardo Lobato que la belleza “no es inteligible sino desde el ser, no tiene otra consistencia que la recibida de él. Hay que partir del ser para llegar a la belleza”<sup>72</sup>. Es porque la historia narrada imita la realidad, que en esa mimesis se encuentra una imagen del ser, de la naturaleza de las cosas. En dicha naturaleza, el hombre encuentra el sentido de su existencia porque en ella se muestra el bien que cumple con sus anhelos de felicidad. Continúa el mismo autor diciendo que:

La belleza, porque brota del ser, es el bien y es la verdad. Por ser bien, arrebatada el amor. Todo lo que se ama es bello, y nadie puede amar sino lo bello. Por ser verdad, es noticia contemplativa, resalta como armonía y unidad. En la belleza se entrecruzan la noticia y el amor<sup>73</sup>.

El carácter educativo de la belleza literaria encuentra su principio en este *ser* escondido en la palabra narrada, puesto que el ser es verdadero, bueno y bello al mismo tiempo. Por ello, los libros mueven nuestras pasiones y las ordenan hacia ese bien y verdad que la belleza deja contemplar. En la obra literaria, el niño descubre la verdad, la noticia que despierta su entendimiento, y el amor porque, como afirma Lobato, “la belleza inspira el amor”<sup>74</sup>.

Podemos entender, pues, que la belleza no es algo meramente sensitivo, puesto que se orienta a toda la persona. En este sentido, insistimos en su gran potencial dentro de la obra, puesto que apela a todas las potencias y facultades del hombre. Aunque en un primer lugar se dirija a los sentidos externos, pues estos son los que perciben “el esplendor de las formas sensibles, en su integridad, claridad y orden”<sup>75</sup>, por encima de estas la belleza es manifestada al entendimiento. Así nos lo enseña Martínez:

Es decir, que la belleza tiene algo de cognoscitivo, pues se ve y aprehende, y algo de apetitivo, pues agrada. No expresa sólo el ser inteligible del ente, sino el esplendor de la verdad, como ya decían los antiguos, o *splendor formae*, en palabras de san Alberto; y este esplendor es el que agrada y lleva al descanso del apetito, pues ‘pertenece a la razón de lo bello que con su vista o conocimiento se aquiete el apetito’<sup>76</sup>.

Es esa quietud la que todo educador debe perseguir al tratar las obras literarias con sus alumnos: intentar que, a través de la belleza de las formas, su esplendor lleve al educando a descansar en aquello que ha conocido a través de lo bello. Ante esa

---

<sup>72</sup> LOBATO, A. *Ser y belleza*. 2ª ed. Madrid: Unión Editorial, 2005, p.20.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p.52.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p.50.

<sup>75</sup> MARTÍNEZ, E. “Contemplación de la belleza...”, p.67.

<sup>76</sup> *Ibidem*, p.66.

belleza se requiere, entonces, una actitud de contemplación ante “la persona en cuanto tal, el hombre individual”<sup>77</sup>. Cuando el hombre contempla la belleza de la realidad natural, no obstante, esta debe llevar su mirada hacia lo alto. Por eso, dice Martínez que el hombre “ansía por naturaleza contemplar la Suma Belleza; y trata de elevarse hasta ella partiendo de la belleza de las cosas creadas”<sup>78</sup>. Así, partiendo de la belleza que hay en la naturaleza, es ordenado a un fin último del siguiente modo:

¿Cómo se alcanza el fin último? Santo Tomás lo afirma con claridad: mediante una operación del entendimiento especulativo por la que se contempla la esencia de Dios. En esta visión de la Esencia divina sacia el hombre todo su deseo de felicidad y aquieta su apetito; más aún, al contemplar un Bien perfecto y una Suma Belleza, ‘todo el hombre se perfecciona y hace bueno’<sup>79</sup>.

Si bien la belleza está apelando en primer lugar a los sentidos, la contemplación de la misma se da a través del entendimiento. Sin embargo, continúa el mismo autor especificando que esta acción contemplativa no se reduce a un mero intelectualismo; sino que, para que sea verdaderamente perfectiva de la naturaleza humana, consiste en “una operación que nace del amor”<sup>80</sup>. Por lo tanto, como hemos ido diciendo, el amor tiene un papel fundamental en el fin último, puesto que uno contempla con el entendimiento pero es movido a realizar dicha acción por medio de los apetitos y la voluntad. Y aquí la belleza es el elemento que hace de nexo, de medio para alcanzar el bien perfectivo del hombre.

De acuerdo con Catherine L’Ecuyer, la sed de Belleza está impresa en la naturaleza humana, pero “un niño, o quien todavía se asombra como un niño, tiene más facilidad para percibirla”<sup>81</sup>. Por ello, resulta aún más conveniente proporcionarle al niño la oportunidad de vivir experiencias estéticas, que le muestren un bien y una verdad por los que valga la pena vivir. Es tal la importancia de vivir dichas experiencias porque, como hemos dicho, lo que hace feliz al hombre es la contemplación de un bien y una verdad absolutos que sacien sus deseos e inclinaciones y en los que su corazón encuentre el descanso; y, como afirma la misma autora, “la verdad y la bondad llegan al niño a través de la Belleza y el niño llega a estas a través del asombro. Y cuando este proceso ocurre sin obstáculos, es cuando el niño realmente interioriza la virtud y el aprendizaje”<sup>82</sup>.

Podemos, entonces, llegar a través de estos autores a la idea de que la belleza deviene el modo de manifestar al hombre su bien perfectivo y, por ende, supone un

---

<sup>77</sup> *Ibidem*, p.58.

<sup>78</sup> *Ibidem*, p.67.

<sup>79</sup> *Ibidem*, p.68.

<sup>80</sup> *Ídem*.

<sup>81</sup> L’ECUYER, C. *Educación en el asombro*. 18ª ed. Barcelona: Plataforma Editorial, 2016, p.144.

<sup>82</sup> *Ibidem*, p.145.

medio por el que el niño es capaz de adquirir con mayor facilidad el estado de virtud y el crecimiento que le permitirá alcanzar las perfecciones que le permitan pasar de ser hombre a ser hombre perfecto.

### 2.1.3. La literatura en relación al fin último de la educación

En tal caso, podemos afirmar que la contemplación de la belleza es lo que verdaderamente produce un *despertar* en el lector, educa al ser humano en el sentido de lo bello y logra que “descubramos la belleza del mundo y de nuestra propia vida”<sup>83</sup>. Así, pues, como hemos ido tratando, el lenguaje tiene como fin comunicar por medio de la propia palabra un bien que acerque al hombre a su fin último, mostrarle una Verdad que sea digna de ser contemplada y que, por medio de dicha contemplación, le lleve al estado de felicidad.

Además, el lenguaje literario tiene un componente que lo caracteriza, un elemento particularmente educativo, que es la belleza. Esta belleza, como hemos dicho, lleva al hombre a descubrir el Bien y la Verdad, a contemplarlas. De un modo específico, la belleza hace del lenguaje literario un medio más fácil para alcanzar el fin último. Por lo tanto, podríamos decir que el fin del lenguaje literario es, de un modo próximo, atraer al lector a través de lo bello para que así alcance con más facilidad el conocimiento de la finalidad última de su existencia. En este sentido, Marcin Kazmierczak nos habla del teoanálisis del arte, que presupone “la convicción de que cada obra literaria manifiesta [...] la actitud del escritor frente al Creador Eterno, a quien dicho escritor imita creando su mundo literario”<sup>84</sup>.

La palabra literaria aparece, entonces, ligada al origen del hombre, puesta en la naturaleza para unir de nuevo a la persona humana con su principio creador, que es Dios. Para entenderlo mejor, el mismo autor continúa diciendo que el escritor de la obra literaria:

parte del presupuesto de que toda creación artística proviene de que el hombre está hecho a la imagen de Dios y, por lo tanto, es la única criatura terrestre capaz de crear algo que no sea meramente pragmático y ordenado a la supervivencia, sino algo aparentemente “inútil” y, en cambio, ordenado a la búsqueda de lo bello. [...] En eso mismo ya se demuestra que, a través del hecho de crear arte, el hombre imita a Dios y, ya

---

<sup>83</sup> ARMENDÁRIZ, D. “La vocación artística al servicio de la belleza”. En LABRADA, M.A. *La belleza que salva: comentarios a la carta a los artistas de Juan Pablo II*. Madrid: Rialp, 2006, p.62.

<sup>84</sup> KAZMIERCZAK, M. “El discurso de la metánoia en la Literatura”. *Revista e-aquinas*. Año 2 (Diciembre 2004), p.4.

en esta dimensión estructural de un acto artístico, inevitablemente se imprime la presencia de Dios<sup>85</sup>.

Únicamente desde tal concepción del mundo, del hombre y de Dios, la literatura puede cumplir con el fin que le corresponde. El hombre, cuyo corazón arde en deseos de Dios y tiene una inquietud incesante en esta vida terrenal, tiene una huella en su naturaleza que es esta apertura al infinito y la búsqueda de la Verdad y del Bien. Por eso, el arte (y, más concretamente, la literatura), supone un instrumento para que el educando, en su proceso de crecimiento en el cual va perfeccionando sus facultades de conocer la verdad y amar el bien, reciba una palabra que le comunique por medio de la belleza –que mueve sus inclinaciones al bien que se le presenta– un bien perfectivo de su naturaleza donde encuentre el reposo de su alma.

## **2.2. La mitopoeia al servicio del bien personal**

Si bien hemos hablado de los clásicos de la literatura en cuanto que muestran una verdad y un bien de carácter universal para el hombre, existe un subgénero dentro de la literatura fantástica que merece especial atención por su gran potencial pedagógico si hablamos de educación: la *mitopoeia*.

### *2.2.1. Definición del género*

Para tratar de definir el concepto de *mitopoeia*, resulta conveniente que en primer lugar hablemos del término. Su etimología nos muestra que tiene relación con la elaboración o creación del mito y del mismo modo Eduardo Segura lo define como “la construcción de relatos bellos y verosímiles, o «subcreación»”<sup>86</sup>. Sin embargo, el origen del género mitopoético surge a raíz de un poema de J.R.R. Tolkien con el término como título del mismo<sup>87</sup>. Tolkien escribió tal obra pensando en una conversación que había mantenido con su amigo C.S. Lewis en la que este último le preguntó si acaso los mitos eran mentiras<sup>88</sup>. Así, el subtítulo del poema es “Filomito a Misomito”. La respuesta de Tolkien a la pregunta de su amigo había reflejado sus ideas acerca de los mitos, en las que se mostraba cómo el lenguaje era un modo de invención de objetos o ideas y, por tanto, los mitos eran una invención de la verdad. Así, considerando que Dios es nuestro principio y causa primera, afirma Tolkien que:

---

<sup>85</sup> *Ibidem*, pp.3-4.

<sup>86</sup> SEGURA, E. *J.R.R. Tolkien: Mitopoeia y Mitología. Reflexiones bajo la luz refractada*. Vitoria: PortalEditions, 2008, xxviii.

<sup>87</sup> Véase el poema íntegro en el apartado de Anexos del presente trabajo.

<sup>88</sup> Cfr. CARPENTER, H. *J.R.R. Tolkien. Una biografía*. Barcelona: Minotauro, 1990, p.165.

inevitablemente los mitos que tejemos, aunque contienen errores, reflejan también un astillado fragmento de la luz verdadera, la eterna verdad de Dios. Sólo convirtiéndose en un subcreador e inventando historias, puede aspirar el hombre al estado de perfección que conoció antes de la Caída. Nuestros mitos pueden equivocarse, pero se dirigen, aunque vacilen, hacia el puerto verdadero [...] <sup>89</sup>.

En las palabras de Tolkien podemos apreciar cómo la *mitopoeía* cumpliría con la finalidad verdadera que tiene toda obra literaria: servir de instrumento para que el hombre alcance su fin último. Chesterton nos ayuda a comprenderlo mejor diciendo que “la mitología es una *búsqueda*, una combinación de repetidas dudas y deseos, en los que el hambre sincera de buscar un lugar se mezcla con la más oscura, profunda y misteriosa indiferencia ante todos los lugares encontrados”<sup>90</sup>. En efecto, a través de los mitos, de la narración, el hombre entra en la búsqueda de sentido de su existencia. Podríamos decir que la *mitopoeía* es un género dentro de la literatura fantástica en que cuentos de hadas y demás relatos similares adentran al niño en dicha búsqueda y devienen un medio para la educación con un potencial catártico digno de ser tenido en cuenta en las aulas.

Tolkien trata de definir qué es un cuento de hadas en su ensayo *Sobre los cuentos de hadas* y, para ello, cita la definición de hadas del *Oxford English Dictionary*, según el cual estos son “Seres sobrenaturales de tamaño diminuto que la creencia popular supone poseedores de poderes mágicos y con gran influencia para el bien o para el mal sobre los asuntos humanos”<sup>91</sup>. No obstante, afirma a continuación que “es el hombre quien, en contraste con las hadas, es sobrenatural (y a menudo de talla reducida), mientras que ellas son naturales, muchísimo más naturales que él”<sup>92</sup>. Esto debe dirigirnos la mirada dentro de la obra mitopoética no tanto a los elfos, hadas y otros animales fantásticos que puedan aparecer, sino al propio hombre. Tolkien nos ofrece una idea más clara de esta característica mitopoética diciendo que “la mayor parte de los buenos ‘cuentos de hadas’ tratan de las *aventuras* de los hombres en el País Peligroso o en sus oscuras fronteras. Y es natural que así sea”<sup>93</sup>. Aquí vemos la raíz de la que partimos para afirmar el gran potencial educativo de la *mitopoeia*: nos lleva a un conocimiento de la naturaleza humana, de sus capacidades y de su destino que pocas obras pueden abarcar.

Sin embargo, la obra mitopoética no tiene un alto potencial epistemológico solo porque mimetice la naturaleza; sino que, más allá de la realidad natural, nos

---

<sup>89</sup> *Idem.*

<sup>90</sup> CHESTERTON, G.K. *El hombre eterno*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 2006, p.145.

<sup>91</sup> TOLKIEN, J.R.R. “Sobre los cuentos de hadas”. *Cuentos desde el Reino Peligroso*. Barcelona: Planeta, 2014, p.280.

<sup>92</sup> *Ibidem.*

<sup>93</sup> *Ibidem*, pp.284-285.

presenta toda una realidad sobrenatural que excede las capacidades humanas. Si bien las circunstancias físicas o espaciotemporales en que se ambienta la acción en este tipo de obras dista mucho de nuestra realidad, vemos que parece más cercana que nunca, puesto que hay una mimesis mucho más profunda del ser. Por ello, siguiendo las palabras de C.S. Lewis, podemos afirmar que:

en ese tipo de lectura lo que buscamos es una ampliación de nuestro ser. Queremos ser más de lo que somos. Por naturaleza, cada uno de nosotros ve el mundo desde un punto de vista, y con un criterio selectivo, que le son propios. [...] Queremos ver también por otros ojos, imaginar con otras imaginaciones, sentir con otros corazones. [...] Queremos ventanas. La literatura, en su aspecto de *logos*, es una serie de ventanas e, incluso, de puertas<sup>94</sup>.

Por esta razón, a través del *logos* que es representado en la obra literaria, la persona humana busca mediante la experiencia vicaria de la catarsis una ampliación de su ser, un crecimiento a través del aprendizaje que vive de la mano del personaje de la obra. Una vez más, Lewis nos muestra que la palabra no debe ser considerada únicamente en su aspecto formal, sino que es la verdad en ella inherente la que perfecciona de verdad la vida personal y, en consecuencia, la que más se debe considerar a la hora de seleccionar obras educativas.

Ahora bien, una de las cuestiones más planteadas acerca de la *mitopoeia* (y de la literatura fantástica en general) es la siguiente: ¿hablamos de pura fantasía? Como venimos afirmando, pese a la distancia aparente con la realidad representada en la obra, existe en ella un gran potencial mimético. Por ello, incluso aunque este subgénero aparezca relegado a un segundo plano como literatura infantil (como si esta fuera algo irracional), Eduardo Segura nos ayuda a comprender que los cuentos de hadas forman parte de los clásicos literarios con razón, porque:

estos relatos son fruto de la sabiduría popular, en la que el paso del tiempo ha acrisolado hondas verdades sobre el hombre y el mundo, a las que el conocimiento humano aspira. En última instancia, el cuento es un modo de acceder a la verdad y de escapar por tanto de la gran ignorancia de la que habla Chesterton<sup>95</sup>.

Es esta apertura a la verdad y la ampliación del ser de la que hablamos lo que hace destacable su valor como obra literaria. No se trata de que el género mitopoético esté orientado a un público exclusivamente infantil, sino de que el lector se acerque a la obra con un corazón de niño, dispuesto a asombrarse ante la maravilla de la narración.

---

<sup>94</sup> LEWIS, C.S. *La experiencia de leer*. Barcelona: Alba Editorial, 2000, p.137.

<sup>95</sup> SEGURA, E. "Tolkien, Chesterton y los cuentos de hadas". *J.R.R. Tolkien: Mitopoeia y Mitología. Reflexiones bajo la luz refractada*. Vitoria: PortalEditions, 2008, p.35.

Más aún, se ha planteado la cuestión acerca de si se trata de mera fantasía ilusoria o bien el mundo imaginario que es creado es un verdadero medio para conocer la realidad. A esta cuestión Tolkien responde haciendo uso del término de Coleridge 'voluntaria suspensión de la incredulidad', expresión con la que se refiere a la actitud que debe tener el lector, pese a la distancia con la situación que presenta la obra, a fin de que pueda descubrir la verdad que el mitopoeta ha querido enseñar. Una vez lograda dicha actitud, uno se adentra en la historia narrada y descubre lo que Tolkien define como "consistencia interna de la realidad"<sup>96</sup>. Con dicha expresión hace referencia a la idea de que, pese a que las leyes físicas sean distintas a las del mundo real en que vivimos, no sucede lo mismo con las leyes morales; por el contrario, estas se identifican de un modo pleno con la ley moral del hombre, puesto que lo acerca a su fin último y expresa sus deseos, sus virtudes y vicios, etc. George MacDonald añade a esta idea en su ensayo *La imaginación fantástica* lo siguiente:

El mundo natural tiene sus propias leyes, y las personas no deben inferir en ellas cuando las presentan y aún menos cuando las utilizan. Pero estas mismas leyes pueden inspirar leyes de otro tipo y, si lo desea, el hombre es capaz de inventarse un pequeño mundo propio, con sus propias leyes, pues posee en su interior la capacidad de deleitarse evocando formas nuevas, algo que, quizá sea lo que más pueda aproximarle a la creación. Cuando estas formas son encarnaciones nuevas de antiguas verdades, las denominamos productos de la imaginación. Cuando son meras invenciones, no importa cuán hermosas sean, yo las llamo obras de la fantasía. En ambos casos, la ley ha intervenido activamente<sup>97</sup>.

El mitopoeta, en su pleno derecho como autor de la obra, decide inventar leyes naturales a fin de llamar a la imaginación del lector y embellecer aún más la trama. No obstante, afirma, en lo que respecta a las leyes morales "no puede inventar nada. No le está permitido, por ningún motivo, subvertir sus leyes"<sup>98</sup>. Porque, en caso contrario, estaría faltando a la verdad acerca del hombre y de aquello que le hace feliz. En definitiva, podemos destacar la gran oportunidad que presenta la obra mitopoética para adquirir un mayor conocimiento del mundo y del hombre desde los ojos del mitopoeta. Tolkien añade en los versos de su poema unas palabras que inciden en esta idea:

Benditos los hacedores de leyendas con sus versos  
sobre cosas que no se encuentran en los registros del tiempo.  
No son ellos quienes olvidaron la Noche,  
o nos invitan a gustar deleites organizados

---

<sup>96</sup> TOLKIEN, J.R.R. "Sobre los cuentos...", p.316.

<sup>97</sup> MACDONALD, G. "La imaginación fantástica". *Cuentos de hadas para todas las edades*. Girona: Atalanta, 2012, p.24.

<sup>98</sup> *Ibidem*, p.25.

en islas-loto de bendición económica  
condenando a las almas a ganar un beso de Circe  
(y como imitación, producido a máquina,  
la falsa seducción del dos veces seducido).  
Lejos vieron esas islas, unas más hermosas,  
y aquellos que las oyen y las que han de tener cuidado.  
Han visto la Muerte y la derrota última,  
y no obstante no retrocederán desesperados,  
pues a menudo han vuelto la liza a la victoria  
y a amables corazones de fuego legendario,  
iluminando Ahora y oscuros Días idos  
con luz de soles aún no vista por hombres<sup>99</sup>.

Con estos versos el autor nos quiere mostrar que el mitopoeta, que ha conocido un Corazón de fuego legendario, escribe cosas que el hombre no podría haber imaginado y, gracias a esto, logra que traspase la luz refractada de la Verdad para que los hombres puedan contemplarla. De este modo, nos enseña que –lejos de ser una literatura evasiva de la realidad en la que el hombre vive con engaños y falsas ilusiones– se trata, en cambio, de una literatura que redirige la mirada del hombre hacia la realidad en su sentido más pleno. En palabras de san Juan Pablo II:

Nadie mejor que vosotros, artistas, geniales constructores de belleza, puede intuir algo del *pathos* con el que Dios, en el alba de la creación, contempló la obra de sus manos. Un eco de aquel sentimiento se ha reflejado infinitas veces en la mirada con que vosotros, al igual que los artistas de todos los tiempos, atraídos por el asombro del ancestral poder de los sonidos y de las palabras, de los colores y de las formas, habéis admirado la obra de vuestra inspiración, descubriendo en ella cómo la resonancia de aquel misterio de la creación a la que Dios, único creador de todas las cosas, ha querido en cierto modo asociaros<sup>100</sup>.

Ciertamente, el mitopoeta realiza su obra perplejo y asombrado ante la realidad de la Creación de Dios. Por ello, hace uso del lenguaje para participar de esta acción creadora y mostrar el Bien y la Belleza que el primer Creador ha querido comunicar a los hombres. Esta concepción de la creación literaria es lo que denominamos “teoría de la subcreación”. Tolkien recogió la influencia de MacDonald para explicar en sus ensayos en qué consistía esta acción subcreadora. Así lo afirma diciendo que “la Fantasía sigue siendo un derecho humano: creamos a nuestra medida y en forma delegada, porque hemos sido creados; pero no solo creamos, sino que lo hacemos a

---

<sup>99</sup> TOLKIEN, J.R.R. “*Mitopoeia*”. *Árbol y Hoja, y el poema Mitopoeia*. Barcelona: Minotauro, 2002, p.139.

<sup>100</sup> JUAN PABLO II. *Carta a los artistas* [en línea]. Vaticano, 1999. Disponible en: [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1999/documents/hf\\_jp-ii LET\\_23041999\\_artists.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1999/documents/hf_jp-ii LET_23041999_artists.html) [Consulta: 24 de abril de 2018], §1.

imagen y semejanza de un Creador”<sup>101</sup>. Comprendiendo, pues, que la *mitopoeia* es una participación de la acción creadora de Dios, podríamos entender que la subcreación es una acción querida por Dios para manifestar más la belleza de su Creación. Podríamos, asimismo, hablar de una llamada al artista que lleva consigo la misión de dar a conocer al Creador a través de su obra y, siendo el fin último de la vida humana la contemplación de Dios, este obrar artístico es elevado a una perfección mucho mayor que si solo fuera considerado en tanto que medio para el goce estético. Continúa explicando esta idea san Juan Pablo II:

Así pues, Dios ha llamado al hombre a la existencia, transmitiéndole la tarea de ser artífice. En la «creación artística» el hombre se revela más que nunca «imagen de Dios» y lleva a cabo esta tarea ante todo plasmando la estupenda «materia» de la propia humanidad y, después, ejerciendo un dominio creativo sobre el universo que le rodea. El Artista divino, con admirable condescendencia, trasmite al artista humano un destello de su sabiduría trascendente, llamándolo a compartir su potencia creadora. Obviamente, es una participación que deja intacta la distancia infinita entre el Creador y la criatura, como señalaba el Cardenal Nicolás de Cusa: «El arte creador, que el alma tiene la suerte de alojar, no se identifica con aquel arte por esencia que es Dios, sino que es solamente una comunicación y una participación del mismo»<sup>102</sup>.

El mitopoeta, entonces, participando de la Sabiduría de Dios es capaz de desarrollar esta potencia creadora, mostrando un “eco” de su pensamiento en la obra literaria. De este modo, trata de reflejar la mirada misericordiosa que tuvo Dios al crear el mundo. La *mitopoeia* nos dice quiénes somos en tanto que nos ofrece una verdad que nos lleva a nuestro principio y fin, que es Dios.

### 2.2.2. *El mitopoeta como maestro*

El mitopoeta, pues, concibe la realidad como don, como un regalo ante el que siente el deber moral de plasmarlo en su obra a fin de que este don sea conocido y contemplado por otros. En el conocimiento de la verdad que se da en la obra, hay además un gozo al contemplarla que expone Tolkien de este modo:

Este “gozo” que yo he elegido como carácter o sello del auténtico cuento de hadas (y del de aventuras) merece mayor atención. Probablemente, todo escritor, todo subcreador que elabora un mundo secundario, una fantasía, desea en cierta medida ser un verdadero creador, o bien tiene la esperanza de estar haciendo uso de la realidad: esperanza de que (si no todos los detalles) la índole típica de ese mundo secundario proceda de la Realidad o fluya hacia ella. Si de verdad consigue una cualidad a la que justamente se le pueda aplicar la definición del diccionario, “consistencia interna de la realidad”, es difícil entonces

---

<sup>101</sup> TOLKIEN, J.R.R. “Sobre los cuentos...”, p.323.

<sup>102</sup> JUAN PABLO II. *Op. cit.*, §1.

concebir que la haya logrado sin que la obra forme parte de esa realidad. La cualidad específica del “gozo” en una buena fantasía puede así explicarse como un súbito destello de la verdad o realidad subyacente. No se trata sólo de un “consuelo” para las tristezas de este mundo, sino de una satisfacción y una respuesta al interrogante: “¿Eso es verdad?”<sup>103</sup>.

Este gozo, esta satisfacción ante la verdad y el consecuente reposo del alma en la misma son lo que el mitopoeta persigue a través de su obra. Así lo explica Rolland Hein al decir lo siguiente: “literary mythmakers are successful when, working for the most part within the more congenial atmosphere of fantasy or fairy tales, their works stir the human spirit with visions of higher anagogic realities”<sup>104</sup>. El fin del escritor es elevar la mirada y los deseos del lector hacia lo alto, que este sea absorbido en una historia. El mismo autor define esos momentos en que uno se encuentra absorto en la obra tras llenarse el espíritu de la verdad como “epifanías”. Así se refiere a estas:

Such moments, in which the spirit is illumined with a truth, are often called epiphanies. They help define what we truly are. And they can remain in a person’s memory – sometimes for one’s entire lifetime– repeatedly yielding pleasure whenever recalled. These epiphanies strengthen the sense that our true home and destiny is outside of chronos time”<sup>105</sup>.

En efecto, la *mitopoeia* nos eleva y nos hace entrar en la convicción de que estamos hechos para una vida mucho más plena que la presente. Al ampliar nuestro ser, hace crecer nuestras esperanzas en una felicidad sin fin. Como hemos dicho, Dios manifiesta más su bondad a través de la participación de la acción creadora de la que es capaz el mitopoeta en su obra literaria. Mas no es este el único modo en que se manifiesta más la bondad de Dios en la *mitopoeia*, sino que en el propio hecho de mostrar la verdad, de comunicarla, enseñarla, el mitopoeta ya está participando también de una acción divina, como expresa Luis Mariano Bártoli al decir que “Dios no ha querido obrar solo, sino gobernar a través de causas segundas para comunicar su bondad”<sup>106</sup>. Y entre estas causas segundas se encuentra el maestro, como afirma el mismo autor:

El maestro, cuya acción propia es la de manifestar a otro causando en él la ciencia, ubicado en este orden, aparece cooperando con Dios del modo más perfecto posible, puesto que esa acción es la que más se asemeja a la divina bondad. No obra solo para que el discípulo aprenda algo que no sabía de modo más fácil y con prontitud, sino para responder a un orden pensado y querido por Dios”<sup>107</sup>.

---

<sup>103</sup> TOLKIEN, J.R.R. “Sobre los cuentos...”, pp.335-336.

<sup>104</sup> HEIN, R. *Christian Mythmakers*. 2ª ed. Eugene: Wipf & Stock Publishers, 1998, p.4.

<sup>105</sup> *Ídem*.

<sup>106</sup> BÁRTOLI, L.M. *Op.cit.*, p. 590.

<sup>107</sup> *Ídem*.

Porque Dios ha querido desde su gobierno que el bien sea comunicado y, por tanto, el maestro ilumina con la verdad a otros y, para que así sean manifestadas más plenamente “su bondad, su perfección y su gloria, ha querido un orden tal en el que lo superior sea la iluminación de unas criaturas a otras para que ese bien y esa gloria sean plenamente manifestados”<sup>108</sup>. Puesto que, ciertamente, se manifiesta de un modo mejor la bondad de Dios cuando las criaturas se hacen partícipes del gobierno de Dios<sup>109</sup> y, por tanto, la acción del mitopoeta es, a su vez, una acción que enseña el bien y la verdad como hace cualquier maestro. Esto ocurre, como nos explica Martínez, porque la comunicación de bien que Dios realizó en la Creación ofrece la posibilidad a las criaturas de “ser también comunicativas de sus respectivas perfecciones”<sup>110</sup>. La propia naturaleza racional del hombre muestra una apertura al infinito en cuanto al conocimiento y al amor. El hombre tiende a amar y conocer infinitamente. Lo que manifiesta este hecho es “una participación tal en el ser que podemos decir que el hombre es imagen de Dios, pues se da en él una semejanza con la naturaleza intelectual divina”<sup>111</sup>. Y, en tanto que imagen de Dios, el mitopoeta es capaz de difundir el bien y la verdad a través de la belleza de su obra para que, de este modo, se manifieste más la bondad divina.

### 2.2.3. La pedagogía de la sacramentalidad narrativa

Como hemos comentado al hablar del potencial educativo de la palabra literaria de sus vertientes mimética y catártica, cabe ahora ver cómo se dan estas en la *mitopoeia*. En ella no se da la mimesis solo en cuanto a las acciones que reflejan virtudes o vicios de los personajes, sino que lo que imita es el ser, y no solo en una realidad natural, sino que también eleva este potencial epistemológico imitando verdades de la realidad sobrenatural que el lector conoce de modo verosímil. No obstante, ¿qué queremos decir con “verosímil”? Aristóteles en su *Poética* afirma que “la función del poeta no es narrar lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, y lo posible, conforme a lo verosímil y necesario”<sup>112</sup>.

Por ello, lejos de ser un modo de evasión a través de la lectura, no solo no aleja al hombre de la realidad que lo rodea, sino que además el acercamiento que le ofrece le permite conocer sus raíces, su principio. El mitopoeta llega a expresar por medio de la palabra una realidad trascendente que educa al hombre para que descubra una verdad ordenadora y perfectiva de su ser. Sin embargo, el modo de lograr este

---

<sup>108</sup> *Ibidem*, p.591.

<sup>109</sup> Cfr. *Ídem*.

<sup>110</sup> MARTÍNEZ, E. “*Bonum amatur...*”, p.82.

<sup>111</sup> *Ibidem*, pp.83-84.

<sup>112</sup> ARISTÓTELES. *Poética*, p.55.

fin en la *mitopoeia* es la forma de imitar la realidad a través de la alegoría, de la imagen. Dice Lewis en relación a este recurso:

Puede inducir a la gente a suponer que la alegoría es un disfraz, un modo de decir oscuramente lo que podría haberse dicho con mayor claridad. Pero en realidad toda buena alegoría existe no para ocultar sino para revelar; para hacer el mundo interior más palpable dotándolo de una (imaginada) encarnadura concreta<sup>113</sup>.

Así, podemos afirmar que la alegoría es capaz de mostrar el alimento que el alma del lector espera recibir, participación de aquello que verdaderamente colma sus deseos. Y, puesto que el hombre además de razón posee otras facultades como la imaginación, el mitopoeta quiere expresar por medio de la palabra el conocimiento de la verdad que ha descubierto a través de lo bello, de lo estético. Continúa Lewis explicando otro modo de referirse a la realidad distinta a la alegoría:

Pero existe otro camino para usar la equivalencia, que es casi lo opuesto a la alegoría, y que llamaré sacramentalismo o simbolismo. Si nuestras pasiones, siendo inmateriales, pueden copiarse en invenciones materiales, luego es posible que nuestro mundo material, en su revés, sea una copia del mundo invisible. Así como el dios Amor y su jardín figurativo son las actuales pasiones de los hombres, así tal vez nosotros mismos y nuestro mundo "real" somos a algo. El intento de leer ese algo a través de sus imitaciones sensibles, de ver el arquetipo en la copia, es lo que entiendo por simbolismo o sacramentalismo<sup>114</sup>.

Este carácter sacramental de la palabra es el que hace de la *mitopoeia* una expresión más allá de la realidad en que vivimos. Haciendo referencia a la etimología del término "sacramento", vemos que mediante lo sensible es capaz de mostrar lo trascendente; pero, además, ilumina el misterio del hombre, dando a conocer lo arcano para que así este pueda descubrir su finitud frente a la infinitud del Misterio y, a pesar de la distancia entre ambos, llegar a Él. A través de la sacramentalidad mitopoética, la obra literaria es capaz de mostrarle al hombre, por medio de la realidad sensible, que existe otra realidad en la que puede encontrar su vocación como ser humano.

Situando al hombre frente a su origen o su principio, la *mitopoeia* presenta esta sacramentalidad mediante la belleza. Si bien uno podría objetar que la belleza parece tan fascinante para el lector que ensombrece la verdad de la obra, lo que realmente sucede es que la verdad nos lleva a la belleza y la belleza, a la verdad. La belleza del lenguaje hace que la obra mitopoética revele el misterio que ilumina la vida del hombre. La belleza conduce a la contemplación y esta, a su vez, a la trascendencia. En la literatura fantástica, concretamente en la *mitopoeia*, la razón

---

<sup>113</sup> LEWIS, C.S. *El Regreso del Peregrino*. Barcelona: Planeta, 2008, p.320.

<sup>114</sup> LEWIS, C.S. *La alegoría del amor*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2000, p.44.

hace uso de la imaginación para desenterrar verdades escondidas en lo más profundo. En relación a esto, comenta Segura que:

lo simbólico se convierte en uno de los jalones fundamentales en el camino epistemológico hacia la comprensión *filosófica* del hombre, de su verdad plena, de la auténtica sabiduría que consiste tanto en el auto-conocimiento que el ser humano posee de sí, como en el conocimiento pleno del cosmos que le rodea y del que es parte. El simbolismo deviene pieza esencial del modo en que el espíritu conoce, y en este itinerario, que a menudo adopta la forma de una narración, el ser humano se revela a sí mismo como ser simbólico, a la vez que como ser histórico, que vive *en* el tiempo<sup>115</sup>.

Entonces, la esencia de la belleza mitopoética es este simbolismo o sacramentalidad que nos permite comprendernos a nosotros mismos y al cosmos. Así, admirado ante dicha belleza, el lector se conoce no solo en su condición de hombre caído, sino también de hombre redimido. En otras palabras, podemos decir que la sacramentalidad mitopoética consiste en una epifanía de la Belleza de Dios. Y, una vez esta es manifestada al corazón del hombre, la respuesta no puede ser otra que la gratitud, como afirma Chesterton:

La bondad del cuento de hadas no se veía afectada por el hecho de que en él pudiera haber más dragones que princesas; era bueno formar parte de un cuento de hadas. La prueba de la felicidad es la gratitud, y yo estaba agradecido aunque no sabía a quién<sup>116</sup>.

En otras palabras, Ricardo Aldana define esta belleza como “la existencia misma como alabanza y epifanía del misterio de Dios”<sup>117</sup>. Entonces, toda la realidad se convierte en un *don*, una gracia ante la cual la actitud no es otra que el deseo de alabar al Creador. Continúa Aldana diciendo que, si bien la alabanza de Dios no siempre es explícita en las obras, de modo implícito “está contenida en la visión misma de la belleza del mundo, que siempre anuncia su origen infinito”<sup>118</sup>. Por ello, la *mitopoeia* eleva al hombre y lo perfecciona, logrando un despertar, como expresa Aldana:

[...] el movimiento de alabanza es suscitado no sólo por la aceptación de un deber de estricta justicia que nos obliga a reconocernos deudores en todo de la gloria de Dios, sino porque las cosas mismas poseen un más que suscita el afecto de la alabanza (el *affectum principalis*, que dice la tradición espiritual cristiana)<sup>119</sup>.

Por todo ello, podemos hablar del gran potencial pedagógico de este género, puesto que –frente a todas las perspectivas educativas que se presentan en la actualidad– en ella el autor debe entender como principio que le mueva a escribir que la realidad

<sup>115</sup> SEGURA, E. “Tolkien, el tejedor de sueños”. *J.R.R. Tolkien: Mitopoeia y Mitología. Reflexiones bajo la luz refractada*. Vitoria: PortalEditions, 2008, pp.120-121.

<sup>116</sup> CHESTERTON, G.K. “La ética del país de los elfos”. *Ortodoxia*. Barcelona: Acantilado, 2013, p.70.

<sup>117</sup> ALDANA, R. *George MacDonald*. Madrid: Fundación Maior, 2011, p.27.

<sup>118</sup> *Ibidem*, p.28.

<sup>119</sup> ALDANA, R. *Op. cit.*, p.29.

es, debe partir de la naturaleza de las cosas y mirar más allá, hacia lo trascendente. Solo así el lector puede ver en ella una cierta presencia de Dios, la luz refractada de la Verdad. Con todo ello, afirmamos con Bártoli que:

los cuentos de hadas contienen algo valioso, una verdad sobre el sentido de la existencia humana, que respeta esa radical orientación de la persona a una Verdad y un Bien infinitos, que no reduce al hombre a la materialidad físico-química de las conexiones neuronales, sino que lo presenta como un ser delante de Dios y para siempre [...]. Por ello, como dice Tolkien, citado por Odero (1987) son estos cuentos una obra de arte que solo la estupidez humana podría desechar<sup>120</sup>.

Continúa el autor afirmando que toda la riqueza que tienen los cuentos de hadas no se debe tanto a que sean un medio de entretenimiento, sino al hecho de que en ellos se encuentra la expresión de lo humano. En otras palabras, “lo que se puede apreciar en estas obras no son vanas elucubraciones fantásticas, sino el mismo corazón del hombre”<sup>121</sup>. Y este corazón es transformado con el *despertar* del que hablábamos; sin embargo, este no se puede dar sin una experiencia de amor auténtico, real, verdadero. Así, podemos concluir este apartado con las palabras de Eduardo Segura:

La subcreación se convierte en un proceso de redescubrimiento de la esencia del ser humano. El arte ofrece un camino, a través de la belleza, para aprender a amar la sabiduría. El arte se convierte en una especie de “extra” para la vida ordinaria y para este mundo, al excederlos<sup>122</sup>.

### **2.3. La sabiduría mitopoética: la palabra, ordenadora de las pasiones del hombre**

Entonces, si el arte es un medio para amar la sabiduría, cabe ahora especificar en qué consiste ésta. Hemos dicho que los clásicos de la literatura y, en particular, la *mitopoeía* son portadores de un bien y una verdad universales. Esta palabra buena y verdadera, en tanto que se dirige a la razón, es capaz de ordenar las pasiones del hombre, ordenándolas a la razón. El sabio ordena sus acciones al fin último de su existencia y esto es lo que la obra mitopoética primeramente persigue.

No obstante, así como hemos afirmado que el fin último del hombre consiste en la contemplación de Dios, no puede haber verdadera felicidad sin virtud perfecta y, por

---

<sup>120</sup> BÁRTOLI, L.M. “Reflexión en torno a los aspectos religiosos de los cuentos de hadas”. En: KAZMIERCZAK, M.; SIGNES, M.T. *Lengua, literatura y práctica educativa. Reflexiones actuales sobre la palabra en la educación*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2016, p. 57.

<sup>121</sup> *Idem*.

<sup>122</sup> SEGURA, E. “Estética y don en *Hoja, de Niggle*: una aproximación a la poética de J.R.R. Tolkien”. *J.R.R. Tolkien: Mitopoeia y Mitología. Reflexiones bajo la luz refractada*. Vitoria: PortalEditions, 2008, p.219.

tanto, sin caridad. Por ello, atendemos a las palabras de Cruz González al afirmar que:

la caridad que se presupone en el conocimiento propio del don de sabiduría, en cuanto que da la unión con Dios –unión que otorga al conocimiento el carácter experimental– se apropia al Espíritu Santo en el primer sentido: tomando la razón común de don. Pues esa infusión de caridad en el hombre, por la que se le diviniza, a la que es dispuesto por la gracia, es de toda la Trinidad. En cambio, cuando santo Tomás dice que el conocimiento propio del don de sabiduría es noticia que induce al amor, por tanto que muestra la propiedad del Espíritu Santo como Amor espirado, entonces se está refiriendo al amor como semejanza en la que se nos manifiesta lo propio del Espíritu Santo<sup>123</sup>.

Ante este don recibido, el entendimiento es movido por la voluntad para que este asienta. Y este asentimiento tiene lugar fundamentalmente por la confianza en el testimonio de la Verdad. Por ello, aunque asentir se trate de un acto intelectual, es la voluntad la que mueve a realizar el acto. Sin embargo, estamos refiriéndonos al don del Espíritu Santo, puesto que la virtud de la sabiduría solo une el alma a Dios en la contemplación, mientras que el don lo hace también en la acción<sup>124</sup>. Así, pues, el don de sabiduría nos dirige a Dios como fin, con la capacidad de conocerlo y contemplarlo como tal:

sólo cuando Dios es conocido como fin-felicidad (ambas nociones están incluidas en el concepto de bienaventuranza) ese conocimiento es fuente de la acción del hombre, de manera que su relación con el mundo y con los demás se haga vía para alcanzar a Dios. Ahora bien, Dios es fin-felicidad del hombre en cuanto poseído en virtud de la caridad; esta virtud modera también el amor a las cosas<sup>125</sup>.

Por lo tanto, cuando el hombre conoce a Dios como fin último de su vida y como fuente capaz de colmar todos sus deseos de felicidad, entonces este amor que conoce en Él se vuelve amor también en el hombre, que se manifiesta en su respuesta a través de la acción, una acción verdaderamente virtuosa en tanto que movida por la caridad. Por ello, la misma virtud de la caridad, con la ayuda del don de sabiduría, moverá todas las acciones del hombre, informándolas con amor y moderará también las pasiones y los demás amores orientados al fin.

#### **2.4. La metánoia en la obra literaria**

Y, en relación a este amor que informa las virtudes y acciones humanas, encontramos una idea que supone el eje fundamental de la educación y, en

---

<sup>123</sup> GONZÁLEZ, C. *El don de sabiduría según Santo Tomás. Divinización, filiación y connaturalidad*. Pamplona: EUNSA, 1998, p.124.

<sup>124</sup> *Ibidem*, p.161.

<sup>125</sup> *Ibidem*, p.170.

consecuencia, también de la educación literaria. Se trata de un proceso llamado metánoia, el cual consistiría según la raíz etimológica en cambiar de opinión o de propósito<sup>126</sup>. Este proceso se dividiría, según Marcin Kazmierczak, en cuatro etapas.

La primera de ellas consistiría en la *situación previa* a la metánoia, donde se especifica la situación del sujeto antes de que el cambio de actitud tenga lugar, descripción en la que “quedan patentes de algún modo los síntomas y, en algunos casos, los motivos de su sustancial infelicidad, de su relación conflictiva consigo mismo y con su entorno, de su sufrimiento existencial y psicológico”<sup>127</sup>.

A continuación, en la segunda fase se da el *suceso desencadenante* de la metánoia, que puede tratarse de un acontecimiento puntual o bien de un conjunto de acontecimientos a lo largo del tiempo. Dicho suceso provoca en el personaje una gran conmoción interior, que afecta a la totalidad de su persona, “incluyendo su dimensión afectiva y racional, desencadenando realmente el gran cambio de actitud hacia sí mismo, hacia los demás y hacia la vida en general”<sup>128</sup>. Estos sucesos logran desestabilizar la escala axiológica del personaje por la que este rige el propio destino. Ante una seguridad del hombre, se da el acontecimiento y, en ese momento, la vida y todo aquello que el mismo personaje había construido va perdiendo sentido<sup>129</sup>.

En la tercera etapa tiene lugar la *toma de conciencia* por parte del personaje, por la cual el personaje “pone en tela de juicio su escala de valores al darse cuenta de que ésta no le proporciona una existencia plena y satisfactoria”<sup>130</sup>. Ahora bien, si bien parece que la segunda fase debe pasar por un suceso dramático, no tiene por qué suceder así. El cambio puede ser desencadenado no por una situación perjudicial para el propio personaje, sino que –por el contrario– puede suceder también que a través del ejemplo de otro personaje que muestre las perfecciones humanas uno se percate de la diferencia a nivel de felicidad en un caso y otro y de ahí nazca esta pérdida progresiva de sentido. Entonces, justo tras la toma de conciencia es habitual que haya algún factor externo como un maestro, testigo o amigo gracias al cual la persona decide cambiar de actitud, de escala de valores y ajustarla “a su nueva visión de la felicidad y de la vida”<sup>131</sup>.

---

<sup>126</sup> Cfr. KAZMIERCZAK, M. *El narcisismo y la resiliencia en la obra de Ernesto Sábato*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2016, p.105.

<sup>127</sup> *Ibidem*, p.106.

<sup>128</sup> *Ídem*.

<sup>129</sup> Cfr. *Ídem*.

<sup>130</sup> *Ibidem*, p.107.

<sup>131</sup> *Ídem*.

Sin embargo, existe aún una cuarta etapa que llamamos *los frutos de la metánoia*<sup>132</sup>. Expresa Kazmierczak que la presente etapa se diferencia de la anterior en el hecho de que la toma de conciencia es un movimiento de la inteligencia anclada en un sentimiento (un proceso enmarcado en la interioridad del protagonista), mientras que en los frutos de la metánoia se supone “un cambio comportamental fáctico, en el cual el cambio interior del protagonista encuentra su manifestación externa, mediante los actos reales que influyen notablemente en sus relaciones con el entorno”<sup>133</sup>.

En resumen, la metánoia consiste en este paso del ensimismamiento provocado por el narcisismo a la apertura a la realidad, al otro, lo cual permite olvidarse de uno mismo y mirar a los demás. Es, según continúa el mismo autor, “un paso real y fáctico –fruto del anterior: mental y afectivo– del narcisismo a la resiliencia”<sup>134</sup>. Este cambio o paso se da únicamente porque el hombre encuentra la fuerza para sobreponerse a su situación personal y, a partir de esta, da un giro a su vida y renueva su escala axiológica a fin de dar justamente el amor a cada cosa según su naturaleza merece.

No obstante, podríamos decir que esta fuerza, que nace de dentro, requiere a su vez de un elemento extrínseco: el amor de otro que se da en una entrega total, sin esperar nada a cambio; con un amor incondicional y sin reservas, un amor de donación que hemos llamado anteriormente amor oblativo. Esta donación se da también a través de la educación y, por lo tanto, también a través de las obras literarias, cuando un personaje manifiesta con su amor y donación al otro mediante el propio rostro como rasgo distintivo de la persona. Mas, asimismo, la manifestación se da por el corazón, en tanto que signo de lo más amable. Y, en relación a este amor oblativo, expresa Martínez:

Que el amor oblativo, tendente a la unión amistosa por la contemplación, sea la forma más perfecta de amor, lo vemos confirmado nuevamente en la Sagrada Escritura; en efecto, cuando Cristo afirmaba en aquella íntima y cordial cena de despedida que “no hay amor más grande que el que da su vida por sus amigos”, añadía: “Ya no os llamo siervos, a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que oí a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15, 15); o también: “Y yo le amaré y me manifestaré a él” (Jn 14, 21). Poco después entregaba su vida a la muerte para demostrar este amor, pues por su Pasión “conoce el hombre lo mucho que Dios le ama”. Y si en la Cena con sus amigos les manifestaba con

---

<sup>132</sup> Cfr. *Ibidem*, p.109.

<sup>133</sup> *Ídem*.

<sup>134</sup> *Ídem*.

palabras y rostro amable aquello que se escondía en su corazón, en la Pasión les manifestó con obras y rostro desfigurado su mismo corazón traspasado<sup>135</sup>.

Este amor es la máxima expresión de la belleza mencionada anteriormente, del bien y de la verdad que anhela el hombre. El amor se convierte dentro del proceso educativo, tanto en el ámbito familiar como escolar, en el medio más poderoso “en el que cualquier aspecto formativo cobra valor y eficacia en orden a la verdadera educación de la prole”<sup>136</sup>. Desde el amor, todos los demás preceptos de la ley cobran sentido y toda acción es movida realmente desde el interior del alma. Desde el amor, toda acción educativa puede llegar a ser fecunda, respetando la libertad del educando. Dijo san Juan Bosco que “la familiaridad engendra afecto, y el afecto, confianza. Esto es lo que abre los corazones”<sup>137</sup>. El amor es el motor que hace al niño abrir su corazón a la verdad y al bien que se le proponen en el proceso educativo. Es, a su vez, el principio que genera el cambio en la metánoia. Por ello, es de vital importancia que en este proceso educativo, tanto los padres, como los maestros, así como los autores de obras literarias puedan lograr que el niño no solo sea amado, sino que se dé cuenta de que se le ama<sup>138</sup>. Recuerda el papa Francisco que “la primera actitud de un educador es el amor”<sup>139</sup>. Por ello, afirma Mercedes Palet que:

Los padres, con su acción amorosa y educativa, ejemplo ejemplarizante para el hijo, se convierten indiscutiblemente en la razón primigenia capaz de inclinar las potencias apetitivas del hijo hacia un bien concreto y particular. Mediante su amor activo y desinteresado del que nacen tanto la confianza como la obediencia del hijo, consiguen paulatinamente que éste realice queriendo, libremente y por elección de la voluntad, las acciones buenas que ellos le proponen. Con su acción educativa, siempre constante, siempre firme y, a la vez, siempre delicada y conforme al modo individual del hijo, los padres posibilitan el progresivo discernimiento moral del hijo y, así, con su acción amorosa y educativa, son los padres los que en definitiva forjan la voluntad del hijo para que éste adquiera una segunda naturaleza virtuosa<sup>140</sup>.

La verdadera educación es aquella en la que el niño, por el amor que le es comunicado, desea realizar el bien en libertad y por elección de su propia voluntad. El amor del educador, que participa del Amor de Dios, es el principio motor de la actividad educativa. Y esto es lo que sucede en la metánoia: para que se dé el cambio en el corazón del hombre, uno debe vivir una experiencia de amor. El bien

---

<sup>135</sup> MARTÍNEZ, E. “*Bonum amatur...*”, pp. 91-92.

<sup>136</sup> MARTÍNEZ, E. “Educar en la virtud. Principios pedagógicos de Santo Tomás”. Revista e-aquinas. Año I, núm. 1, 2003, p.51.

<sup>137</sup> JUAN BOSCO. *Carta al oratorio sobre el espíritu de familia*. Roma, 10 de mayo de 1884.

<sup>138</sup> *Ídem*.

<sup>139</sup> FRANCISCO. *Discurso a los miembros de la unión católica italiana de profesores, dirigentes, educadores y formadores*. Roma, 14 de marzo de 2015.

<sup>140</sup> PALET, M. *La educación de las virtudes en la familia*. Barcelona: Ediciones Scire, 2007, p. 30.

no se puede presentar como una ley moral fría, sino que debe ser comunicado desde un núcleo de amor al niño. Sin este amor que es primer motor de la educación, dice Martínez, “la tarea del que se dedica a la enseñanza no será educativa, a no ser *per accidens*”<sup>141</sup>. Así, pues, continúa el mismo autor exponiendo la siguiente idea:

La educación se convierte de este modo en un diálogo entre el maestro y su discípulo [...]. Diálogo que, por fundarse en el amor del educador al educando, y por la confianza que éste ha depositado en aquél, podemos calificar de *cordial*, pues es un diálogo de corazón a corazón, especialmente cuando se enseña a obrar bien<sup>142</sup>.

Este diálogo amoroso, esta palabra de persona a persona donde se comunica un bien perfectivo de la misma naturaleza humana crea el contexto de amor y amistad “*indispensable y adecuado para la comunicación y manifestación de la virtud y de la vida feliz*”<sup>143</sup>. Para que haya verdaderamente educación, es necesario que haya un contexto de amor en que el niño pueda crecer feliz. Porque la felicidad será alcanzada cuando el hombre por propia voluntad ame el bien y contemple la verdad. Así, recordamos las palabras de Wadell, según el cual “empezamos a amar cuando nos afecta la bondad de algo”<sup>144</sup>. Y para que esto se dé, es necesario el testimonio de bien, donde la palabra y el ejemplo (la misma palabra encarnada, viva) hagan de su vida manifestación de un amor más grande. Y es que, como nos enseña Viktor Frankl, “el amor es el único camino para arribar a lo más profundo de la personalidad de un hombre. Nadie es conocedor de la esencia de otro ser humano si no lo ama”<sup>145</sup>.

## **2.5. La lectura, descubrimiento de la plenitud de vida personal**

Tras haber comprendido cuál es principio educativo en la obra literaria, resulta conveniente mencionar la importancia que debe cobrar la lectura en las aulas teniendo en consideración su gran potencial para ayudar al hombre a alcanzar su fin último. Por eso, partimos de la idea que expresó Aristóteles al afirmar que “todos los hombres desean por naturaleza saber”<sup>146</sup> y, tal como hemos ido reflexionando a lo largo del trabajo, la literatura es una gran herramienta por su gran potencial epistemológico: porque en los libros el hombre amplía su conocimiento de sí mismo, del mundo, de Dios.

---

<sup>141</sup> MARTÍNEZ, E. *Persona y educación...*, p.373.

<sup>142</sup> *Ibidem*, p.412.

<sup>143</sup> PALET, M. *La familia educadora del ser humano*. Barcelona: Scire Balmes, 2000, p. 40.

<sup>144</sup> WADELL, P.J. *Op.cit.*, p. 247.

<sup>145</sup> FRANKL, V. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, 1979, p.134.

<sup>146</sup> ARISTÓTELES. *Metafísica*. 2ª ed. Madrid: Alianza, 2011, p.35.

Sin embargo, la lectura ha sido y es en nuestros días una gran preocupación en el ámbito educativo en tanto que medio para adquirir competencias de velocidad o fluidez lectora, para aprender a decodificar mensajes textuales, para descubrir, conocer y aprender a gestionar estados emocionales, etc. De tal modo que, cubriendo estas necesidades educativas de gran importancia para el desarrollo académico y social del niño, se ha perdido la visión de una educación integral del niño, pues –a pesar de que la razón y la voluntad son educadas en cierto modo– han quedado desvirtuadas. Afirma Bloom que “leemos –como concuerdan Bacon, Johnson y Emerson– para fortalecer el sí-mismo (el *self*) y averiguar cuáles son sus intereses auténticos”<sup>147</sup>. Es decir, según el autor la actividad lectora se orientaría únicamente a descubrir el yo. No obstante, a lo largo del presente estudio hemos ido mencionando cómo, precisamente, la verdadera y buena lectura es aquella en la que el libro no solo ayuda al propio lector a conocerse a sí mismo, sino que le muestra el mayor horizonte que es capaz de alcanzar; el buen libro no muestra una felicidad centrada en el yo, sino en el tú, en el diálogo personal en que uno descubre la bondad de Dios, principio y fin de nuestra existencia. Por ello, en contraposición a Bloom al decir que “uno no puede mejorar directamente la vida de nadie leyendo mejor o más profundamente”<sup>148</sup>, sostenemos que la lectura deviene un medio especialísimo para que el educando alcance con mayor facilidad el Bien tan ansiado por su corazón.

Porque, huyendo de todo moralismo educativo, el bien moral que aparece en la obra, para que eduque, debe presentarse en libertad y siempre desde el amor que transforma nuestra vida. De acuerdo con Nembrini, parece que:

La cuestión no es insistir al chaval para que sea bueno [...]. Lo que hace falta es insistir para que pueda ser feliz; no se trata de machacar en que haga esto o aquello, en que cumpla las reglas (que por supuesto también son necesarias), sino de testimoniarle continuamente un bien grande por el que vale la pena vivir<sup>149</sup>.

En definitiva, de lo que la educación trata es de comunicarle al niño “este testimonio incansable del bien”<sup>150</sup>, de enseñarle que por encima de toda ley está el amor. Este, lejos de plantearse como un mandamiento externo, se presenta como “una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor”<sup>151</sup>. La naturaleza del educando exige conocer este amor incondicional, este amor que ningún otro supera y es fuente de la verdadera felicidad. Por ello, destaca Nembrini

---

<sup>147</sup> BLOOM, H. *Cómo leer y por qué*. Barcelona: Anagrama, 2000, p.24.

<sup>148</sup> *Ídem*.

<sup>149</sup> NEMBRINI, F. *El arte de educar: de padres a hijos*. Madrid: Rialp, 2014, p.56.

<sup>150</sup> *Ídem*.

<sup>151</sup> BENEDICTO XVI. *Op.cit.*, §18.

que esta es la verdadera cuestión: “poder mirar a los ojos de nuestros hijos y –sin necesidad de discursos, sin necesidad de decirlo– mostrarles un bien grande, un bien posible, una experiencia vivida”<sup>152</sup>. Este ejemplo de vida fecunda, nacida de la experiencia de haberse sabido amado por otro de un modo que excede la propia naturaleza, es lo que el niño busca cuando mira a los ojos a sus padres y maestros: un motivo de grandeza que muestre la maravilla de existir, una luz que le oriente en el camino para vivir con un sentido que le mueva a obrar de manera plena. Y, para ello, los cuentos son un medio especialmente conveniente porque, como afirma Teresa Zapata:

Los cuentos de hadas ayudan a descubrir la propia identidad y vocación, muestran experiencias difíciles e ineludibles que todo ser humano tiene que vivir para formar el carácter. Estos cuentos nos permiten ver cómo las adversidades, las crisis, los momentos difíciles forman parte de la existencia de cada ser humano, pero a la vez cómo es necesario vivirlas, enfrentarlas y luchar con todo el coraje siendo posible lograr un destino personal auténtico y feliz<sup>153</sup>.

Por este motivo, podemos decir que a través de la lectura el niño descubre quién es y por qué está en este mundo. En definitiva, leer ayuda al niño a llegar a entender de un modo más profundo cuán plena puede llegar a ser su vida personal. Continúa la misma autora reafirmando esta idea, sosteniendo que el cuento nos ayuda a encontrarnos a nosotros mismos, a saber quiénes somos como seres humanos y a plantearnos una razón personal para vivir. Señala, más adelante, que “saber que *podemos ser amados por lo que en verdad somos* es algo maravilloso y liberador. Este mensaje nos lo regalan muy nítida y convincentemente los cuentos de hadas”<sup>154</sup>. La literatura tiene como fin ayudar a través de la lectura a descubrir esta plenitud de vida personal, como afirma Santiago Arellano al hablar de la acción educativa:

El punto de partida de todo educador, es decir, de padres, amigos, esposos, y no sólo de los profesores, es que tenemos delante una persona, que posee un proyecto de ser único e irreplicable, pero que hay que ayudar a aflorar, que hay que cultivar y que hay que alimentar<sup>155</sup>.

Así, pues, aun siendo la tarea de la educación una labor ardua, exige de muchas virtudes en el educador, de entre las cuales la que supone una exigencia por encima

---

<sup>152</sup> NEMBRINI, F. *Op.cit.*, p.56.

<sup>153</sup> ZAPATA, T. *El cuento de hadas, el cuento maravilloso o el cuento de encantamiento: un recorrido teórico sobre sus características literarias*. Cuenca: Universidad de Castilla – La Mancha, 2007, p.159.

<sup>154</sup> *Ibidem*, p.161.

<sup>155</sup> ARELLANO, S. “La literatura, espejo de la contienda interior de la persona. “Ser o no ser”. Esta es la cuestión”. En: KAZMIERCZAK, M.; SIGNES, M.T. *Educando a través de la palabra hoy: aportaciones sobre teoría y didáctica de la lengua y la literatura*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2014, p.43.

de todas las demás es sobre todo el amor. Es decir, el padre o el maestro debe saber que el otro –el hijo o alumno– tiene un bien que él mismo tiene “que ayudar a descubrir y a hacer crecer”<sup>156</sup>. Es, según hemos visto, una tarea “de crecimiento, de elevarse hacia lo alto, de buscar nuestra propia perfección”<sup>157</sup>. Este amor que nos lleva a descubrir nuestra propia perfección es el que el niño encuentra en el amor que recibe la princesa Irene de su gran más-que abuela en *La princesa y los trasgos*, en el modo en que el Principito habla de su rosa al entender que no puede descuidarla, en el corazón del Gigante egoísta derritiéndose ante el pequeño muchacho... Este amor que culmina con el gozo no solo del personaje, sino del lector es la manifestación del mayor bien que el hombre puede alcanzar. Parece, en tiempos en que hasta el más natural tipo de amor es puesto en duda, más necesario que nunca proporcionarle al niño la llave al mundo de la lectura de las obras mitopoéticas, donde todo amor que ha sido prometido en su corazón es posible.

---

<sup>156</sup> *Ídem*.

<sup>157</sup> *Ibidem*, p.44.

## Conclusiones

A la luz de los conceptos estudiados, podemos comprender mejor cómo la literatura viene en ayuda del hombre en su camino para alcanzar la felicidad. La persona humana, en su condición de ser racional, está llamada a conocer la verdad y el bien de tal forma que todos sus anhelos y apetitos descansen en estos. Por ello, como exigencia de la naturaleza del hombre, la educación debe dar respuesta en este sentido a través de la acción del maestro y servirse de todos los medios que puedan facilitar o venir en ayuda de la actividad educativa. Uno de estos medios es, como hemos tratado, la literatura infantil.

Dado el potencial educativo de la palabra literaria, los libros resultan una gran herramienta para padres y maestros en orden a que el educando alcance la felicidad de la que hablamos. Tal como hemos investigado, sabemos que la palabra ha sido dada al hombre, como afirmaba Aristóteles, por la naturaleza (y no en vano). El sentido de la palabra humana es que el hombre descubra este Bien infinito por el que merece la pena existir, una verdad que dé respuesta a todos los interrogantes que hay en su interior, un amor que sacie todos los deseos de su corazón. En definitiva, el hombre vive por la palabra, que nace dentro de la persona y es comunicada para difundir, en última instancia, la Bondad divina, para mostrar al hombre aquello que le hace verdaderamente feliz.

Por eso, parece conveniente reflexionar acerca de la práctica educativa que se está llevando a cabo en relación a la lectura. Esta, si bien es cierto que supone uno de los principales objetivos a lo largo de la Educación Primaria, lo es en tanto que ayuda al educando a aprender contenidos curriculares de otras materias, a adquirir competencias lectoras, mecanismos, a aprender la conciencia y gestión de sus emociones, etc. Sin embargo, en esta investigación tenemos presente que la lectura, el cuento, la narración, es mucho más que todo ello, porque no es buena sólo considerándola en su utilidad, sino en sí misma. En efecto, supone un medio para educar, pero únicamente si le damos la importancia y el papel que merece por la verdad que contiene podremos comunicar a los educandos aquellos principios y bienes que su naturaleza y educación demandan.

No obstante, de entre todos los bienes que el hombre podría descubrir al leer una obra, hemos querido destacar uno por encima de los demás: el amor. Y es que la literatura es un medio excelentísimo para que el alumno pueda experimentar un amor *de verdad*, pueda saberse amado y vivir, junto al personaje que aparece entre las páginas de su libro, una transformación en su vida, un cambio de dirección hacia un bien mayor; en otras palabras, pueda ponerse en camino hacia la felicidad.

Gracias a los numerosos ejemplos que nos ofrece la literatura, podemos transmitir a nuestros educandos que la vida merece la pena ser vivida. Pero esta verdad sólo puede entenderse a la luz del amor que ilumina nuestra existencia. Solo si el niño se sabe amado profundamente por lo que es, la acción del maestro a lo largo del proceso educativo podrá ver sus frutos. Solo el amor puede llegar a lo más profundo de nuestro corazón y convertir nuestra vida y nuestras intenciones hacia el bien que nos hace verdaderamente felices.

Por todo ello, concluimos este estudio animando a los educadores a aprovechar los ejemplos de amor que nos ofrecen los clásicos de la literatura y, en especial, los de la *mitopoeía*, donde el autor ha querido expresamente procurar que a través de su obra el lector pueda ver esa *luz refractada* de la verdad para así poder dar un paso más hacia la contemplación de Dios y admirar y dar gracias por la maravilla de su Bondad en todas las cosas creadas.

Contra toda concepción evasiva de la objetividad de este subgénero literario, las obras mitopoéticas son, en cambio, un recurso idóneo para presentar la realidad más plena frente al hombre: una realidad que devuelve al niño al ser de las cosas, que le muestra las verdades más profundas sobre el hombre, sobre el mundo y sobre Dios, pero –sobre todo– una realidad que nos lleva a entender que el mayor bien que poseemos se encuentra frente a nosotros, en el tú, el *otro yo* que hemos ido mencionando. Sólo en la palabra comunicada con amor de persona a persona es posible lograr una vida plena. Y esto es lo que la *mitopoeía* nos viene a enseñar: a amar la bondad de la persona humana porque descubrimos antes que hay otra Persona que *nos amó primero*.

## Bibliografía

### a) Fuentes primarias

TOLKIEN, J.R.R. *Árbol y Hoja, y el poema Mitopoeia*. Barcelona: Minotauro, 2002.

\_\_\_\_\_ *Cuentos desde el Reino Peligroso*. Barcelona: Planeta, 2014.

TOMÁS DE AQUINO. *Suma de Teología*. 3ª ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1997.

\_\_\_\_\_ *Opera omnia* [traducciones al latín en línea]. Disponible en: <http://www.corpusthomisticum.org/iopera.html> [Consultado: 20 de abril de 2018]

### b) Fuentes secundarias

AGUSTÍN DE HIPONA. *Las Confesiones*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2005.

\_\_\_\_\_ *El maestro o sobre el lenguaje*. Madrid: Trotta, 2003.

ALDANA, R. *George MacDonald*. Madrid: Fundación Maior, 2005.

ALTAREJOS, F. *Educación y felicidad*. Pamplona: EUNSA, 1986.

AMADO, A. *La educación cristiana*. Barcelona: Scire, 2010.

ARISTÓTELES. *Ética a Nicómaco*. Madrid: Gredos, 2010.

\_\_\_\_\_ *La política*. 12ª ed. Madrid: Espasa Calpe, 1974, pp.23-24. (Colección Austral, 239)

\_\_\_\_\_ *Metafísica*. 2ª ed. Madrid: Alianza, 2011.

\_\_\_\_\_ *Poética*. 2ª ed. Madrid: Alianza, 2013.

BÁRTOLI, L.M. *La acción de enseñar en el orden de la providencia y del gobierno divino según santo Tomás de Aquino* [en línea]. Barcelona: Universidad Abat Oliba CEU, 2015. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10803/376702> [Consultado: 13 de febrero de 2018]

BLOOM, H. *Cómo leer y por qué*. Barcelona: Anagrama, 2000.

CANALS, F. *Sobre la esencia del conocimiento*. Barcelona: Promociones Publicaciones Universitarias, 1987 (Biblioteca Universitaria de Filosofía, 11).

CARPENTER, H. *J.R.R. Tolkien. Una biografía*. Barcelona: Minotauro, 1990.

*Catecismo de la Iglesia Católica*. Barcelona: Asociación de Editores del Catecismo, 1995.

CHESTERTON, G.K. *El hombre eterno*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 2006.

\_\_\_\_\_ *Ortodoxia*. Barcelona: Acantilado, 2013.

FRANCISCO. *Lumen Fidei*. Madrid: San Pablo, 2013.

FRANKL, V. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, 1979.

GONZÁLEZ, C. *El don de sabiduría según Santo Tomás. Divinización, filiación y connaturalidad*. Pamplona: EUNSA, 1998.

HEIN, R. *Christian Mythmakers*. 2ª ed. Eugene: Wipf & Stock Publishers, 1998.

JUAN PABLO II. *Carta a los artistas* [en línea]. Vaticano, 1999. Disponible en: [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1999/documents/hf\\_jp-ii LET\\_23041999\\_artists.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1999/documents/hf_jp-ii LET_23041999_artists.html) [Consulta: 24 de abril de 2018].

KAZMIERCZAK, M.; SIGNES, M.T. *Educando a través de la palabra hoy: aportaciones sobre teoría y didáctica de la lengua y la literatura*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2014.

\_\_\_\_\_ *Lengua, literatura y práctica educativa. Reflexiones actuales sobre la palabra en la educación*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2016.

KAZMIERCZAK, M. "El discurso de la metánoia en la Literatura". *Revista e-aquinas*. Año 2 (Diciembre 2004), pp.2-16.

KAZMIERCZAK, M. *El narcisismo y la resiliencia en la obra de Ernesto Sábado*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2016.

LABRADA, M.A. *La belleza que salva: comentarios a la carta a los artistas de Juan Pablo II*. Madrid: Rialp, 2006.

L'ECUYER, C. *Educar en el asombro*. 18ª ed. Barcelona: Plataforma Editorial, 2016.

LEWIS, C.S. *El Regreso del Peregrino*. Barcelona: Planeta, 2008.

\_\_\_\_\_ *La alegoría del amor*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2000.

\_\_\_\_\_ *La experiencia de leer*. Barcelona: Alba Editorial, 2000.

LOBATO, A. *Ser y belleza*. 2ª ed. Madrid: Unión Editorial, 2005.

MACDONALD, G. *Cuentos de hadas para todas las edades*. Girona: Atalanta, 2012.

MARTÍNEZ, E. "Bonum amatur inquantum est communicabile amanti. Amor y bien en la metafísica de Santo Tomás de Aquino". *Espíritu*. LXI (2012), núm.143, pp.73-93.

\_\_\_\_\_ "Contemplación de la belleza y perfección de la vida humana". *Revista Espíritu*. Año LXII. Núm. 145 (2013), pp.57-71.

\_\_\_\_\_ "El subsistir personal, fundamento de la comunicación de vida humana". *Revista Espíritu*. Año LXII. Núm. 146 (2013), pp.311-333.

\_\_\_\_\_ *Persona y educación en Santo Tomás de Aquino*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2002.

NEMBRINI, F. *El arte de educar: de padres a hijos*. Madrid: Rialp, 2014.

PALET, M. *La educación de las virtudes en la familia*. Barcelona: Ediciones Scire, 2007.

\_\_\_\_\_ *La familia educadora del ser humano*. Barcelona: Scire Balmes, 2000.

PÍO XI. *Divini Illius Magistri* [en línea]. Roma: 1929. Disponible en: [https://w2.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf\\_p-xi\\_enc\\_31121929\\_divini-illiusmagistri.html](https://w2.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_31121929_divini-illiusmagistri.html) [Consultado: 28 de mayo de 2018]

SEGURA, E. *J.R.R. Tolkien: Mitopoeia y Mitología. Reflexiones bajo la luz refractada*. Vitoria: PortalEditions, 2008.

TOMÁS DE AQUINO. *Comentario a la Ética a Nicómaco de Aristóteles*. Pamplona: EUNSA, 2000.

\_\_\_\_\_ *Comentario a la Política de Aristóteles*. Pamplona: EUNSA, 2001.

WADELL, P.J. *La primacía del amor. Una introducción a la ética de Tomás de Aquino*. Madrid: Palabra, 2007.

WAUGH, P. *Literary Theory and Criticism: An Oxford Guide*. New York: Oxford University Press, 2006.

WILDE, O. *The picture of Dorian Gray*. Londres: Harper Press, 2010.

YEPES, R.; ARANGUREN, J. *Fundamentos de Antropología*. 6a ed. Pamplona: EUNSA, 2003.

ZAPATA, T. *El cuento de hadas, el cuento maravilloso o el cuento de encantamiento: un recorrido teórico sobre sus características literarias*. Cuenca: Universidad de Castilla – La Mancha, 2007.

## Anexo

A continuación, presentamos el poema *Mitopoeia*<sup>158</sup> íntegro:

A aquel que dice que los mitos son mentiras, y por tanto sin valor, aun dichos «a través de plata».

### Filomito a Misomito

Miras los árboles y así los denominas,  
(los árboles son árboles y «creciendo» es «crecer»);  
caminas por la tierra y recorres solemne  
uno de los globos menores del Espacio:  
una estrella es una estrella; materia en una bola  
obligada a seguir un curso matemático  
entre lo regimentado, lo frío, lo inane,  
donde átomos destinados son heridos a cada momento.

Por mandato de una Voluntad que obedecemos  
(como debemos), pero sólo oscuramente aprehendidos,  
grandes procesos ocurren; el tiempo se desenvuelve  
desde oscuros orígenes hasta metas inciertas;  
como cuando en una página sobrescrita y sin clave,  
con letras y pinturas de variados matices,  
una innúmera multitud de formas aparece,  
algunas torvas, o débiles, o hermosas o raras,  
extrañas entre ellas, excepto las emparentadas  
con un remoto Origo, mosquitos, piedra y sol.  
Dios hizo las rocas pétreas, las plantas arbóreas,  
la tierra telúrica, los astros estelares,  
las criaturas homúnculas que andan por la tierra  
con nervios que el sonido y la luz estremecen.  
Los movimientos del mar, el viento en las ramas,  
la hierba verde, la lenta rareza de las vacas,  
el trueno y el relámpago, pájaros que giran y gritan,  
el barro que sale del barro a vivir y a morir,  
todo debidamente registrado, imprimiendo  
los pliegues cerebrales con marcas distintas.

---

<sup>158</sup> Cfr. TOLKIEN, J.R.R. "*Mitopoeia*". *Árbol y Hoja, y el poema Mitopoeia*. Barcelona: Minotauro, 2002.

Sin embargo los árboles no son «árboles» hasta que se los nombra y se los mira,  
y nunca así se los nombra hasta que aparecen  
quienes despliegan el complicado aliento del lenguaje,  
débil eco y oscura imagen del mundo,  
pero ningún registro ni fotografía,  
siendo adivinación, juicio y carcajada,  
reproduce a aquel de agitado interior  
por hondos movimientos admonitorios, emparentados  
con la vida y la muerte de los árboles, las bestias, las estrellas:  
cautivos libres que socavan barrotes de sombra,  
extrayendo lo ya conocido de la experiencia  
y apartando la vena del espíritu.  
De ellos mismos sacan grandes poderes,  
y mirando atrás contemplan a los elfos  
que trabajan en las sutiles forjas de la mente,  
y luz y oscuridad entretejidas en telares secretos.

No ve ninguna estrella quien no ve ante todo  
hebras de plata viva que estallan de pronto  
como flores en una canción antigua,  
que el eco musical desde hace tiempo  
persigue. No hay firmamento,  
sólo un vacío, o una tienda enjoyada  
tejida de mitos y adornada por elfos; y ninguna tierra,  
sino la matriz de donde todo nace.

El corazón del hombre no está hecho de engaños,  
y obtiene sabiduría del único que es Sabio,  
y todavía lo invoca. Aunque ahora exiliado,  
el hombre no se ha perdido ni del todo ha cambiado.  
Quizá conozca la des-gracia, pero no ha sido destronado,  
y aún lleva los harapos de su señorío,  
el dominio del mundo con actos creativos:  
y nunca adora al Gran Artefacto,  
hombre, sub-creador, luz refractada  
a través de quien se separa en fragmentos de Blanco  
de numerosos matices y continuándose sin fin

en formas vivas que van de mente en mente.  
Aunque hayamos puesto en los agujeros del mundo  
elfos y duendes, aunque hayamos levantado  
dioses y casas de la oscuridad y de la luz,  
y sembrado la semilla del dragón, era nuestro derecho  
(usado bien o mal). El derecho no ha decaído.  
Aún seguimos la ley por la que fuimos creados.

¡Sí, hilamos sueños no realizados, engañando así  
a nuestros tímidos corazones y demostrando el feo Hecho!  
¿De dónde viene el deseo y el poder de soñar  
y el de juzgar que algo es hermoso o feo?  
No todos los deseos son ociosos, nunca en vano  
ideamos cumplimientos, pues el dolor es el dolor,  
no deseado por sí mismo, pero enfermo;  
o reforzar o someter la voluntad  
es torpeza, y del Mal sólo esto  
es terriblemente cierto: hay Mal.

Benditos los corazones tímidos que el mal odia,  
ese jilguero en la sombra y sin embargo la puerta cerrada;  
que no buscan parlamento, en un cuarto guardado,  
aunque pequeño y desnudo, sobre un rudo telar  
hacen telas doradas para el día lejano  
esperado y aceptado bajo la oscilación de las sombras.

Benditos los hombres de Noé que construyeron  
las pequeñas arcas, aunque frágiles y con pocos viajeros,  
y con vientos contrarios avanza hacia un espectro,  
el rumor de un puerto que la fe adivina.

Benditos los hacedores de leyendas con sus versos  
sobre cosas que no se encuentran en los registros del tiempo.  
No son ellos quienes olvidaron la Noche,  
o nos invitan a gustar deleites organizados  
en islas-loto de bendición económica  
condenando a las almas a ganar un beso de Circe  
(y como imitación, producido a máquina,

la falsa seducción del dos veces seducido).  
Lejos vieron esas islas, unas más hermosas,  
y aquellos que las oyen y las que han de tener cuidado.  
Han visto la Muerte y la derrota última,  
y no obstante no retrocederán desesperados,  
pues a menudo han vuelto la liza a la victoria  
y a amables corazones de fuego legendario,  
iluminando Ahora y oscuros Días idos  
con luz de soles aún no vista por hombres.

Me gustaría poder cantar con los trovadores  
y mover lo no visto con un golpe de cuerda.  
Me gustaría estar con los marineros de los abismos  
que cortan las delgadas planchas en faldas montañosas  
y viajan en una misión vaga y errante,  
pues muchos han ido más allá del fabuloso Oeste.  
A los locos sitiados y a mí nos dirán  
que en una fortaleza guardan el oro,  
impuro y escaso, pero lealmente lo traen  
para acuñar la borrosa imagen de un rey distante,  
o tejer en telas fantásticas los brillantes  
heráldicos emblemas de un señor invisible.

No caminaré con vuestros monos progresistas,  
erecto y sabio. Ante ellos se abre  
el abismo oscuro adonde el progreso lleva  
si por misericordia de Dios el progreso termina,  
y no deja de embarullar los mismos  
cursos estériles cambiándolos de nombre.  
No iré por ese camino llano y polvoriento,  
indicando esto y aquello por esto y aquello,  
vuestro mundo inmutable donde el pequeño hacedor  
no participa del arte del hacedor.  
No me someteré sin embargo a la Corona de Hierro  
ni dejaré caer mi pequeño cetro dorado.

\*\*\*

Quizá en el Paraíso el ojo se extravíe;  
contemplando el Día imperecedero  
viendo el día iluminado, renueva  
de una verdad reflejada la imagen de la Verdad.  
En seguida mirando la Tierra Bendecida  
verá que todo es como es, y sin embargo libre.  
La salvación no cambia ni destruye  
ni el jardín ni al jardinero, los niños o sus juguetes.  
No verá el mal pues no hay mal  
en los cuadros de Dios sino en el ojo malévolos,  
no en la fuente sino en la elección maliciosa,  
no en el sonido sino en la voz desentonada.

En el Paraíso ya no parecen fuera de lugar;  
y aunque hacen cosas nuevas no hacen mentiras.  
Y así seguirán, pues no están muertos,  
y habrá llamas en las cabezas de los poetas  
y arpas donde precisos caerán los dedos:  
allí del Todo cada uno elegirá para siempre.